LA ORTIGA

nº 130 Noviembre 2019 **R**evista de arte, literatura y pensamiento #laortigacolectiva

LA ORTIGA

nº 130 Noviembre 2019 **R**evista de arte literatura pensamiento #laortigacolectiva

LA ORTIGA revista de arte, literatura y pensamiento
Co-dirección: María Montesino, Toñi de la Iglesia y María Incera
Ilustración de cubierta: "Africa-nos" ©**Nacho Zubelzu**
Contraportada: "Movimientos nómadas III" ©**Nacho Zubelzu**
Diseño gráfico y maquetación: Patricia Zotes (laneveragrafica.com)
#laortigacolectiva: Rosmari Alonso, Ángel Astorqui, Laura Bilbao, Victoria Callejo, Alma Camacho, Toñi de la Iglesia, David Gómez, Lorena González, Lucio González, María Incera, Ana Manau, Jorge Mariscal, María Montesino, Naomi Patterson, Mercedes Pérez, Guzmán Ramos, Helena Samperio, Patricia Zotes.

Edita: Asociación Cultural LA ORTIGA
© de esta edición: Asociación Cultural LA ORTIGA
© de las ilustraciones: ©**Nacho Zubelzu**
Impresión: Génesis Digital
ISSN: 1136-3614
D.L: SA-150-1996
Las ediciones de LA ORTIGA se autofinancian gracias a un modelo de cooperativismo cultural autogestionado.

Contacto:
LA ORTIGA
C/ Tantín, 33, 6ºA. 39001 Santander
plataformalaortiga@gmail.com / 638 954 720

A la memoria de las mujeres y hombres que cultivan la tierra en cualquier parte del planeta, campesinos y pastores, trashumantes, nómadas. Manos que producen alimentos y cuidan de la biodiversidad que permite la vida en la Tierra.

"¿Para qué, pues, trabajar con tanto esfuerzo y tanto empeño en algo que está condenado? Y a eso yo contesto: este trabajo es una manera de preservar el saber que mis hijos están perdiendo. Cavo los hoyos, espero a la luna nueva para plantar los arbolitos porque quiero dar ejemplo a mis hijos, si es que están interesados en seguirlo, y, si no lo están, para demostrar a mi padre y al padre de mi padre que el conocimiento que ellos transmitieron todavía no ha sido abandonado. Sin ese saber no soy nada."
John Berger

índice

6 [Editorial] Tierra Cultura Vida

8 [Museo de Papel] Nacho Zubelzu. Un nómada de ida y vuelta. **Pilar Lorenzo Diéguez**

10 [Fotografía] Ínfimo y personal. **Alma Camacho**

18 [Historias de vida] **Tomás López.** Somos nuestra memoria.

32 [Relatos cortos] La ternura / Quebrantahuesos. **María Sánchez**

36 [Reflexiones] De bomberos y pastores: lo urgente y lo importante / La conquista del pan. **Jaime Izquierdo**

40 [Pensamiento] Ruralidad o barbarie. **Adrián Almazán**

52 [Agroecología] Mundo clausurado. Monocultivo y artificialización. **Marc Badal**

64 [Poesía visual] Los evangelios velados. **Vicente Gutiérrez**

74 [Poesía] Subversiones. **Marianella Ferrero**

82 [Concitaciones]

no. 130

Tierra Cultura Vida

El número 130 de la revista La Ortiga refleja parte de la actividad propositiva de nuestros imaginarios: artes, letras, feminismos, ecología, alimentación y ciencias sociales, os invitamos a leer, a pensar, a escuchar y también a proponernos, encontrarnos y reflexionar en compañía. Esta edición ha ido tomando forma a partir de lo que nos atraviesa en este último tiempo, aquello en lo que nos implicamos, desde las resistencias de la vida cotidiana, que han de volverse tangibles en tantas ocasiones. Con la voluntad de sembrar miradas críticas, no hemos perdido de vista la tierra que nos sostiene y nos alimenta, la necesidad de poner al ser humano en el centro y de reivindicar, más que nunca, la libertad de expresión y de creación. Tomar conciencia de la crisis ecológica, en un contexto de colapso energético, donde surgen conflictos bélicos a escala planetaria por los recursos finitos, se levantan muros y se dictan leyes para ahogar las esperanzas de los que huyen de las guerras. ¿Por qué no (re)pensar nuestras formas de estar en el mundo?, ¿podemos desarrollar otras relaciones con la tierra, con la cultura, con los otros?, ¿nos sirven las viejas estructuras, los modelos de la modernidad colonial para pensar la existencia y sus conflictos?. Estas páginas no parten de ninguna certeza, sino que te invitan a oler la tierra mojada, a bajarte al barro, a descubrir otra mirada inquieta, indisciplinada, ingobernable.

Recuperamos nuestro museo de papel, en esta ocasión, gracias a la colaboración del artista Nacho Zubelzu, cuyas creaciones envuelven toda la revista, desde la portada y contraportada, a las ilustraciones del interior. Alma Camacho, una de nuestras colaboradoras, nos invita a través de su fotografía inquieta, a observar el entorno más cercano con calma, atendiendo a los detalles que brotan en los márgenes.

Nuestra historia de vida está dedicada a Tomás López, profesor y defensor de la educación pública crítica, activista ecologista y social, con una larga trayectoria en el mundo de los movimientos sociales dentro y fuera de Cantabria.

Durante los meses de septiembre, octubre y noviembre llevamos a cabo el ciclo Tierra Cultura Vida que coordinamos junto al colectivo La Vorágine. Para este número 130 de La Ortiga, hemos preparado un dossier en el que podéis encontrar textos de todas las personas que participaron en esta propuesta de cultura extensiva: María Sánchez, Jaime Izquierdo, Adrián Almazán y Marc Badal. Nuestro agradecimiento más profundo para ellos, que nos propusieron reflexiones intensas durante sus intervenciones y han querido compartir con La Ortiga Colectiva relatos, artículos y textos que suponen una invitación a la lectura compartida y al planteamiento de preguntas.

Este ejemplar dedica un espacio importante a la poesía visual y discursiva gracias a los poemas tachadura recogidos en *Los evangelios velados* de Vicente Gutiérrez y una selección de la poesía de Marianella Ferrero bajo el título *Subversiones*. Como en cada número, hemos seleccionado algunas frases para remover conciencias con nuestras Con-citaciones.

Seguimos con las manos "metidas en la tierra", proponiendo desde muy diversos lugares y tiempos: a través de los cuidados (de personas, animales y ecosistemas), la producción de alimentos agroecológicos, el activismo feminista, las aulas, las redes cooperativas, la psicología, la socioantropología, los bosques y montes, la arqueología, la fotografía, el dibujo... nuestras resistencias cotidianas pueden generar espacios más habitables para estar en el mundo.

Nacho Zubelzu
Un nómada de ida y vuelta

Pilar Lorenzo Diéguez

Nacho Zubelzu, alguien a quien conozco y desconozco a partes iguales. Al igual que la naturaleza es un libro abierto y traslúcido, pero también una caja incesante de sorpresas. Me piden una biografía pero resumir su densa obra y toda una vida compartida en tan pocas líneas, es un reto difícil de llevar a cabo. Sus composiciones son luminosas como el manto blanco que se funde en sí mismo, sólidas como el trazado apretado de la montaña, el inmenso nevero o la vereda por la que discurre el camino.

Por ello, hablar de la obra de Nacho Zubelzu es hablar de naturaleza y su transformación en poesía, en sensaciones, en recuerdos autobiográficos de una infancia marcada por el espacio natural de Campoo, un molino harinero a orillas del río Ebro, las montañas, la nieve, las plantas y las aves. Pero también de la atracción y fascinación por las culturas rurales, la propia y, posteriormente, por su experiencia viajera, un creciente interés en otras formas de vida para captar su esencia humana. Así, en sus apuntes, dibujos y cuadernos de campo, desgrana diversas narrativas populares de Europa, Asia, África y América del Sur, a través de la convivencia con pueblos y culturas ancestrales como los Masais, Mongoles, Lapones, Bereberes, Gauchos, indígenas de la selva o pueblos del altiplano peruano. Se podría decir que el viaje es el referente de su obra, el mundo y sus habitantes, su estudio.

Un arte basado en la observación, la memoria y la interpretación. Al viajar, al pintar, al observar todo fluye y cambia continuamente. En sus veladuras y transparencias, capta el perfil, y la huella, atrapa la sencillez, y resume las formas del medio natural, haciendo propia la cita de Isaac Newton "La naturaleza se complace con la simplicidad".

Nacho plantea una historia natural y humana. Un paralelismo entre recuerdos de vida rural, raíces nómadas, supervivencia y materiales primarios con un lenguaje claro y veraz. Su trabajo creativo es laborioso, repetitivo, constante y minucioso, tanto en las plumillas como en sus obras en papel, "Trashumancias", en las que capta el movimiento de los rebaños, el instante en el que los animales se funden con el paisaje. Pacientemente, va tejiendo sus piezas en delicadas composiciones para generar sentimientos en el espectador a partir de la sorpresa. Juega con la nostalgia y la percepción romántica de oficios ancestrales, el paisaje impreciso se convierte en un recuerdo de memoria.

Utiliza diversas disciplinas: dibujo, pintura, escultura, intervenciones, audiovisuales o performance para establecer un diálogo entre el terreno, lugar, materiales y tiempo. El color blanco está muy presente en su obra, es el invierno, los perfiles de escarcha en sus esculturas, creando múltiples texturas y relieves que reflejan heridas y geometrías en la tierra que, al igual que cicatrices, ondulan y rasgan la tela.

En su imagen abstracta de la naturaleza tienen cabida materiales tan diversos como hojas, pétalos, hierba, acero, metacrilatos, lana, café, skay, madera y su propio cuerpo como otro medio de articular las vías de expresión. Con la performance "Man and Earth" que ha llevado a cabo en varios lugares del mundo, Roma, China, Vietnam, Atacama, siembra su cuerpo en la tierra para llamar la atención y reflexionar sobre la necesidad que tiene la humanidad de nutrirse espiritualmente con las manifestaciones artísticas.

En definitiva, es un nómada de ida y vuelta, un amante de la naturaleza a la que transforma como un chamán en un viaje, tránsito y sensaciones. Su arte nos acerca a la vida, a nuestras raíces, a la naturaleza y al universo.

Todas las ilustraciones de este número son una selección de dibujos de los cuadernos de campo originales de Nacho Zubelzu, realizados durante sus viajes por diversos países del mundo. Para conocer la obra del autor se puede visitar su web nachozubelzu.com

Ínfimo y personal

Alma Camacho

Del airado 68, anárquica y dispersa, solo me centro a través del punto rojo del visor. Aprecio lo que quizás tú no ves pero paso de largo ante lo evidente. Un puntito de misantropía, parca en palabras, amante del color y del detalle. Desnuda y muda sin una cámara, observo y traduzco a mi propio lenguaje.

Tomás López
Somos nuestra memoria

Por Toñi de la Iglesia

Cuando nos pusimos en contacto con Tomás López para invitarle a participar en esta edición de La Ortiga, nos dijo que su vida "es la de un ciudadano cualquiera, de lo más normal". Estamos seguras de que su historia de vida es excepcionalmente representativa de una generación de posguerra que, estando condenada al silencio y la resignación, dio ejemplos de resistencia y lucha por las libertades y los valores democráticos. Tomás López es un ejemplo vivo de la defensa de la educación pública y de la lucha en los movimientos sociales de Cantabria. El relato en primera persona que sigue a continuación es el resultado de varias conversaciones mantenidas con Tomás sobre algunos aspectos significativos de su experiencia vital.
Toñi de la Iglesia

* *

Han pasado más de ochenta años desde aquel día de mi nacimiento, aún en época republicana, abril de 1936. Somos nuestra memoria. Tal afirmación se hará definitiva y acabada, cuando llegamos a la desaparición de esa facultad al morir, mientras tanto somos solo recordatorio, vivo o silencio en el vacío, nada. Parece que, cuando nacemos somos una tabla rasa sin contenido. Lo que va llenando, lo que será una gran llanura memorizante, paso a paso, día tras día, a lo largo de la vida de cualquier individuo; no lo hacemos solos sino que es nuestro propio contexto histórico y socio-económico vital el que va poblando ese inmenso plano de vivencias y recuerdos acumulativos. Todo lo que suceda a mi alrededor quedará registrado en lo más íntimo y secreto de este ser inabarcable y trascendente que somos los humanos.

Pilar Liermo Omoño, abuela de Tomás,
con su padre Pedro López Liermo en brazos (1911)

Amparo Díaz López, madre de Tomás López

Mis primeros años

Mi primera memoria son recuerdos y sensaciones maternales de ternura y afectos permanentes inefables, pero, también, simultaneados de cálidas, amargas lágrimas de madre en soledad de amor no compartido, debido a la pérdida de mi propio padre, caído en defensa de la República contra el golpe de Estado fascista.

Han tenido que pasar decenas de años para tener conciencia y evidencia consciente de las causas de esa realidad en mi vida. Una sensación de amor profundo, combinado con tristeza y ausencia paterna irrecuperada, ha sido mi acompañante inseparable de esa memoria activa e inexplicable, que ha ido creciendo y condicionando toda mi vida, hasta el momento actual.

Mi nacimiento en un pueblo rural trasmerano, Liermo, Cantabria, sin significación singular alguna y, además, apartado de todo entorno vecinal cercano, fuerzan a mi madre, viuda de 20 años, con falta de recursos, a enviarme a una población extraña, Santoña, donde me acogen los brazos amorosos de una mujer, mi tía Carmela, hermana de mi madre. Es también, el recuerdo de mi primera escuela, el Marqués de Manzanedo: una inmensa masa de niños desconocidos. La duración de esta primera separación de mi lugar de nacimiento no llegó a superar los tres meses. No estaba aún preparado a tan temprana edad, 6-7 años, para separarme de las necesitadas caricias amorosas de mi madre. Por primera vez se me empezaba a llenar la memoria de los dulces recuerdos hogareños que, hasta entonces, me habían acompañado noche y día. Allí no estaban los fuertes abrazos de mi abuelo que me estrujaban contra su pecho, ni las sonrisas y besos de mis tías.

Aquel Santoña marinero de 1943 era un pueblo alegre, ruidoso, escaso de recursos económicos, un hervidero de militares llenando los cuarteles del paisaje santoñés, asomado al vecino Laredo. La Plaza San Antonio, punto obligado de encuentro ciudadano, rodeada de comercios y bares, con su templete musical en el centro, era para mis ojos de niño pueblerino un inmenso mundo inabarcable y grandioso, pero, a su vez, generador de miedos y temores desconocidos hasta entonces.

Santoña, años 40

Aquel Santoña de color caqui de la masa soldadesca, al servicio del nuevo régimen fascista de Franco, me aturdía, como niño ajeno e ignorante de la terrible tragedia que me había llevado a compartir un espacio extraño e inadecuado, lejos de mi familia y huérfano de un padre desaparecido defendiendo a la República. Mi memoria se iba nutriendo de imágenes, palabras, sensaciones y vivencias que quedarían grabadas, en la entonces memoria muda de mi niñez, pero que pertenecería más tarde, después de años de silencios impuestos por aquel brutal sistema militarista a ser un ciudadano, ya objeto de integración forzada, en un modelo condicionador de toda mi existencia futura. Aquel Santoña, militarizado y militarizador, iniciaba en mi dócil entraña mental infantil la ecuación para la pérdida de una ciudadanía en libertad. Todos mis movimientos y pensamientos quedaban sometidos a la bota insensible del nuevo régimen dictatorial, sin opción alguna: escolar, social, política o religiosa. Era un barro blando, moldeable, recién nacido a una realidad opuesta a la que mi padre, ausente, hubiera deseado para su propio hijo. Así se cumplió, con total perfección, hasta la muerte del dictador en 1975. A mis cuarenta años de edad comienza un proceso de reeducación para una ciudadanía en libertad democrática. Demasiados años para escapar de hábitos contrarios al respeto de la dignidad personal.

Tanto esos primeros cuarenta años de mi vida, como después los otros, más de cuarenta, hasta cumplir 83, los he pasado dentro del signo de la honestidad, nacida de mis vivencias familiares y de tantas personas honradas que me han ayudado a ser quien soy, y que iré descubriendo en mi largo anecdotario, casi interminable de circunstancias, buscadoras de un futuro abierto a una nueva sociedad humana universal, más justa e igualitaria.

De vuelta al hogar

La breve, aunque dura separación de mi madre, de mi hogar familiar, fue una amarga experiencia que iniciaría un camino, que no tardaría en repetirse. Esa segunda vez, mi destino sería la ciudad de Santander, entre los 9 y los 12 años. A la vuelta de Santoña, se inicia mi asistencia a la escuela pública de Omoño, a 3 kms de mi casa y que recorría a pie dos veces al día con otros niños de Liermo. Recuerdo esta escuela como una agradable

Tomás López, sentado el primero por la derecha en el colegio (1943)

convivencia y juegos con niños de mi mismo pueblo. Compartía y colaboraba en las actividades agrícola-ganaderas propias de un pueblo rural cántabro, mal comunicado, y carente de lo más elemental: escuela, agua corriente, electricidad, tiendas o bares. No obstante, la pequeña vecindad, en torno a cien habitantes, ofrecía concordia, ayudas mutuas y formas de relación dignas de una comunidad en busca de superación del miedo y el odio sembrado a raudales por la, todavía cercana, guerra civil. Pero un niño como yo, rodeado de tantos otros, en similares situaciones, éramos capaces de ser felices con nuestros juegos en común, ajenos a lo que ideológicamente aún separaba, en absoluto silencio, a muchos vecinos, y, por supuesto, a los que manifestaban un control y autoritarismo total desde la dirección fascista del municipio de Ribamontán al Monte.

Santander, mi identidad perdida

Mis tres años de estancia en Santander, a partir de los nueve años, significa entrar en un entorno familiar, social y urbano muy diferente de lo hasta entonces vivido. Aquella buhardilla de la calle San Fernando, 26, atestada de cubículos de familias izquierdosas, llenas de niños, sentados en el suelo, ó las escaleras, leyendo las aventuras policíacas de Roberto Alcázar y Pedrín, o las luchas del Guerrero del Antifaz, héroe defensor de la cruz, contra los infieles de la Media Luna, infieles y malvados, era lo que alimentaba nuestras imaginaciones infantiles. La segunda alameda, bordeada de grandes árboles, era un inmenso campo de juegos, donde, también niños y adolescentes del barrio, pasábamos

nuestros tiempos de ocio, ajenos a las más programadas actividades del Frente de Juventudes falangista para una clase más acomodada. Aquí, comencé a vivir con una familia amiga de mi madre, un matrimonio con un hijo de mi misma edad, Emilio Ferreras Ramón. Ellos me acogieron como un hijo más. La madre, Ángeles Ramón, me trataba con tanto cariño que muy pronto me sentí como uno más de la familia. Esa íntima relación de bienestar se ha prolongado hasta el presente con nietos y bisnietos. Una nueva familia para siempre, más allá de los vínculos de parentesco legal o sanguíneo.

Mi nueva escuela, de la que guardo un recuerdo entrañable, tanto por lo que aprendí, como por la cercanía y trato afable de la maestra Doña Celestina, maestra asturiana, represaliada y expulsada del magisterio oficial, daba sus clases, escondida, a un grupo de niños/as de padres de izquierdas, en un sótano de la calle Antonio Mendoza. Allí estuve hasta los diez años, edad en la que ingresé en la Escuela de Comercio. Pronto desaprendí lo conseguido. Tanto el irregular funcionamiento de ese nuevo centro oficial, como las clases privadas de la Academia Cervantes, dieron al traste con los deseos de mi madre sobre mi futuro, a lo que se unía el problema de falta de medios económicos.

Aprendiz de oficios y nuevo domicilio

Un trabajo de protésico dental fue mi siguiente dedicación hasta los doce años. Mi tarea fundamental era batir escayola, limpiar el instrumental y entregar composturas a diversos dentistas de la ciudad. Mis recorridos habituales a pie me llevaban de Oeste a Este de Santander, de Perines a Puerto Chico.

Mi familia originaria, proveniente del mundo agrícola-ganadero de Trasmiera, abandonó en 1948 su pueblo, Liermo, y alquiló en Maliaño un bar. Este pueblo en proceso de desarrollo industrial, era un gran atractivo para los que emigraban del campo a las zonas urbano-industriales. Los primeros en tomar esa iniciativa fueron mi madre, viuda, y su hermano, en busca de futuro laboral. En aquel momento era necesario trabajar sin descanso para salir de las precarias economías de la posguerra. La mayoría de los adolescentes, procedentes de Trasmiera, junto con sus padres, abandonaron las aulas para ir a trabajar a Eibar, País Vasco, en talleres de tornillería, bicicletas o armas. Mi primer oficio, en Maliaño, fue un taller de espejos, propiedad de Julio Poo San Román, futuro periodista. Después de unos meses, probé una industria química, pero los gases me producían mareos y tuve que abandonar, comenzando una cierta profesión relacionada con la hostelería: vendedor de bocadillos y vino a los cientos de obreros cántabros y de toda España que trabajaban en la construcción del aeropuerto de Parayas. Todas las mañanas, cargado con mi cesta de bocadillos y un garrafón de vino, al hombro, caminaba desde el centro de Maliaño a la Punta de Parayas, donde montaba mi taberna en un casetucho.

Las anteriores ocupaciones las sustituí a los 13 años por la más atractiva de aprendiz de panadería de las hermanas Cagigas: un año completo de trabajo, de 12 de la noche a 10 de la mañana, sin descanso alguno, ni seguridad social. Salario, 6 pesetas al día y un kilo de pan. Ese duro trabajo, sobre todo por la falta de días libres al año y el sueño cambiado, lo decidió eliminar mi madre por el aprendizaje de moldeador, en la fundición de los hermanos Mantecón. Parecía que tal decisión acabaría con mis años de cambio tras cambio de aprendizaje. Mi salario era de 8 pesetas diarias, cargas pesadas de lingotes de hierro, contaminación y suciedad. No obstante, yo me sentía un muchacho feliz e integrado en la comunidad socio-industrial camarguesa.

Un cambio radical en mi vida

Mi vida en Maliaño, entre los 12 y los 18 años, además de esta proliferación de aprendizajes y experiencias laborales se desarrollaba en un contexto económico-religioso muy influido por tantas industrias, como por la fuerte presencia de un líder religioso muy activo, dedicado a la defensa del desarrollo de los derechos de los trabajadores, perteneciente al movimiento de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica). Este sacerdote, José María

Torre Revilla, párroco de Maliaño, con un discurso cercano a la realidad problemática del mundo obrero fue calando en mi visión de la situación laboral y socio-religiosa que me rodeaba. Poco a poco, los argumentos y la praxis honesta de este cura a favor de los obreros produjeron en mi el efecto radical de hacer con mi vida futura algo semejante a lo que él hacía, dedicarme a los más perjudicados e indefensos. Me haría sacerdote...

Poco antes de esta importante decisión, a mis 15 años, siendo gobernador civil de Santander, Antonio Avendaño Porrúa, sentí la necesidad de hablar con él. Un día, utilizando el argumento de que mi abuela paterna trabajaba, como criada, para esta importante familia santanderina, y que, ni mi madre, viuda de guerra, ni yo, huérfano, teníamos ayuda alguna del Estado, comparándolo con una vecina de Maliaño, Mª Luísa Roldán, que vivía en la misma calle, Generalísimo Franco, que sí tenía pensión por su marido, muerto en el Alcázar de Toledo, y su hijo, mi amigo Alejandro, una beca de estudiante en un colegio de Zaragoza, decidí ir a hablar y exponérselo en persona al propio Gobernador Civil. Así lo hice. Fui recibido, utilizando el nombre de mi abuela, a la que la familia Avendaño consideraba honorable, aunque pobre. Entré en aquel gran despacho de la Plaza Porticada, le dije a la secretaria quién era y a él mi deseo de solicitar ayuda para mi madre y para mí, por tratarse del mismo caso que el de mis vecinos. Aún recuerdo un rostro inexpresivo y sorprendido y la absoluta falta de respuesta o solución a mi ingenua petición de ayuda a la viuda y al huérfano, esposa e hijo de un militar republicano, desaparecido en la guerra.

[Este caso de injusticia incuestionable, dejan en mí, al descubierto, grietas incurables e imborrables de una guerra, generada sólo para aniquilar al vencido, sin atisbo alguno humanitario, incluidos viudas y huérfanos, si no son del bando vencedor]

Este caso de injusticia incuestionable, dejan en mí, al descubierto, grietas incurables e imborrables de una guerra, generada sólo para aniquilar al vencido, sin atisbo alguno humanitario, incluidos viudas y huérfanos, si no son del bando vencedor.

Seminario de Corbán

Las puertas del Seminario diocesano de Santander se me abrieron en septiembre de 1953 con su lema:"ego suum ostium", yo soy la entrada.

Allí, durante cuatro cursos académicos: uno, preparatorio, intensivo, y tres de filosofía, me dediqué exhaustivamente a estudiar y rezar, logrando en ambos ámbitos, un cierto éxito y crecimiento en responsabilidad personal y prácticas espirituales de meditación.

Aunque decidí abandonar mi camino hacia lo sacerdotal, no dejé mi seguimiento de Jesús y el mantenimiento de la fe cristiana. En mi entorno encontré personas fiables y de gran talla intelectual, humana y religiosa, tales como Francisco Susinos, Alberto Pico y Joaquín Echegaray. Mis clases privadas a domicilio, en verano, y pequeñas ayudas familiares, hicieron posible que en septiembre de 1957 comenzara a estudiar Derecho en Salamanca. Más tarde esto lo cambiaría por la especialidad de lenguas extranjeras, alemán e inglés.

Durante años mis estrecheces económicas eran tan altas que no tenía garantía alguna de poder continuar mis estudios. De ahí que, a partir de 1958, salí en verano a trabajar a Alemania. Así practicaba el idioma y acumulaba dinero para los meses del curso. También, en 1960 pasé un invierno en Harlow, cerca de Londres, con el mismo objetivo de practicar el idioma y ayudar a una familia, cuidando a sus niños y fregando sus platos.

Apostolado seglar

Había abandonado el seminario, pero mi presencia en los cambios religiosos que se estaban produciendo, previos al Concilio Vaticano II, fue continua y duradera. Participé con entusiasmo en los llamados Cursillos de Vida, con Jesús de la Gándara, y, también en los Cursillos de Cristiandad, en sus comienzos. En alguna de aquellas asambleas asistí a duros debates y enfrentamientos habituales entre dos posiciones de la Iglesia: una, conservadora y verticalista y otra, horizontal, cercana y progresista. Miguel Bravo de la Peña, vinculado ya a CC.OO. en clandestinidad, enfrentado junto con otros progresistas a los ataques del clero conservador, defendido por canónigos catedralicios. Desde aquel Corbán, en contacto con el estudio, el silencio, la oración y la búsqueda del Dios trascendente, pero amigo vivo, de carne y hueso humano, en el Jesús sudoroso del rojo hierro de la fundición y el pan caliente, recién sacado del horno de mi trabajo de niño panadero, me han acompañado siempre aquellos jóvenes honestos, creyentes limpios, buscadores de la verdad, la justicia y la concordia, en medio de las brumas de imposición y persecución supremacista imperial y fascista: Miguel Bravo, Alberto Pico, Paco Pérez, Joaquín Echegaray...

Creo que cometí errores, por falta de un adecuado asesoramiento, al dedicar demasiado de mi tiempo para el estudio a un cierto apostolado transitorio, no teniendo en cuenta mis propios estudios específicos.

En Salamanca compartí estancia con Francisco Susinos Ruiz, que años después sería Director del I.C.E. de la Universidad de Cantabria. Él era hijo de un republicano, represaliado, dura e injustamente, al terminar la guerra civil. Asimismo, en esa ciudad conocimos a Marcelino Legido y su entorno, foco iniciador de sabiduría y dignidad humano-cristiana ejemplar. Aquella Salamanca, de la que quedan en mi memoria y entraña pensamientos filosóficos, debates sobre temas jurídicos, asistencia a misas en la Clerecía y paseos sin fin por la Plaza Mayor, ha dejado en mi la fuerza del ánimo espiritual en la búsqueda de la verdad y la justicia.

Vuelvo a Santoña

En 1963, terminados mis estudios y licenciatura, ya vinculado al alemán e inglés, me ofrecen una plaza de profesor interino de inglés en el Patronato Militar de Santoña. Se trata de un centro oficial del Ministerio de Educación, en colaboración con el Ministerio del Ejército. El alumnado, hijos de militares, provenientes de toda España, cursan aquí el bachillerato elemental y superior, en régimen de internado. El profesorado, si lo elige, puede también vivir en el mismo edificio. Mi experiencia de convivencia diaria y cercana con alumnos entre 10 y 17 años, viviendo en la misma residencia, es muy agradable, llegando a tener una relación amigable, más allá de lo profesoral, con los adolescentes y sus padres, militares de diversos grados. Durante dos años, en mi tiempo libre de clases, me dediqué intensivamente a la preparación de la cátedra de Instituto de Enseñanza Media.

Esa cercanía y contacto afectuoso no me ocultaba el hecho real de que estructuralmente, aquella privilegiada situación escolar era discriminatoria a su favor, y no tenía justificación, desde el punto de vista de un reparto equitativo de oportunidades en la enseñanza pública. Una vez más, constataba que, como en el caso de mi amigo Alejandro, ya mencionado, el haber ganado una guerra no debería seguir concediendo, después de tantos años, tales privilegios injustos a los vencedores y sus familiares. España seguía siendo injusta con los vencidos. ¿Hasta cuándo?

Profesor Fulbright en Estados Unidos

Fui un afortunado en ser seleccionado en 1964 por la Comisión Fulbright para enseñar español en un centro de enseñanza media en Estados Unidos, en el Estado de Washington. El objetivo era un intercambio cultural para conocer, como futuro profesor de inglés, las instituciones educativas y formas de vida de Estados Unidos. Estas experiencias se suponía que acercarían y estrecharían las relaciones culturales y educativas España-USA.

Mi presencia en Estados Unidos ya iba precedida por mis diversos viajes en el marco europeo: Alemania, Francia, Holanda, además de Inglaterra. No obstante, la experiencia directa y conocimientos adquiridos en el ámbito docente y los cursos seguidos en la Universidad Washington en Seattle, me permitirían acceder con mayor facilidad a mejorar mis expectativas profesionales en la docencia al volver a España. Además de vivir el Estados Unidos más democrático de las aulas, la diferente relación profesor-alumno y padres-centro educativo, detecté el seguimiento sistemático del alumnado en sus futuros resultados académicos y las consecuencias para la introducción y mejora de cambios en la enseñanza de los centros originarios de enseñanzas medias. Este seguimiento sistemático sería la clave de la buena competitividad y exigencia básica educativa.

En relación con esta primera experiencia en la enseñanza pública en Estados Unidos, no quiero dejar de mencionar aquí que, 25 años después, también como alumno en la Washington University, el director de prospección educativa, en una larga entrevista personal, donde yo había sido profesor, me predijo que, en el futuro, el software de los ordenadores, el pensamiento programático, vendría del mundo oriental. El mundo occidental sólo controlaría el hardware, la máquina no lo interno, pues en ese momento, las bibliotecas de los institutos de enseñanzas medias, antes llenas de lectores, ahora estaban vacías de alumnos, convirtiéndose en enormes salones de ordenadores.

¿Había muerto el pensamiento? Constato también, que en la mencionada Universidad de Seattle, compartiendo aulas y diálogo con estudiantes chinos, estos auguraban un futuro tecnológico chino, superior al de Estados Unidos. Eso en 1987.

Profesor en el Instituto Marqués de Santillana en Torrelavega

Mi primer destino como catedrático de lengua inglesa es el Instituto Marqués de Santillana, en Torrelavega. Es un centro público de bachillerato elemental y superior con algunos centenares de alumnos entre 10 y 16 años.

Mi toma de posesión, en septiembre de 1968, la hago siendo director D. José López Hoyos, catedrático de Filosofía, quien me propone y fuerza, legalmente, a ser Vice Director ya que mi condición funcionarial lo presupone, aunque expreso mi deseo de permanecer al margen de cualquier cargo o responsabilidad, más allá de lo estrictamente docente. En ese momento, la gran mayoría del profesorado es interino, no funcionario, también hay algunos agregados, funcionarios, y tres catedráticos: Gerónimo Cagigas, José María Robles y Tomás López, yo mismo, además del citado director.

En mi segundo curso escolar, me veo obligado a asumir la función de Jefe de Estudios, por traslado del anterior. Es ahí cuando entro en plena relación con el control disciplinar de alumnos y familiares de éstos. Fue una función laboriosa y compleja, pero que realicé muy a gusto con el numeroso alumnado. Como resumen de mi experiencia pedagógica y de coordinación global disciplinar me siento agradecido de haber pasado por el Marqués de Santillana. Después de medio siglo aún suelo utilizar mi teléfono o viajes a Torrelavega para charlar con Conchita Panchuelo, profesora de Literatura y símbolo, aún vivo, de una época memorable.

De entre mis alumnos en primer lugar, por no estar ya entre nosotros, un especial recuerdo para Antonio Montesino. Con el que durante años después, compartimos relaciones muy cercanas, tanto en Reinosa, como en actividades ecológicas y un viaje a Inglaterra, Dover, para encontrarnos con Petra Kelly, la famosa líder de los Verdes

europeos. Desde mis comienzos en Torrelavega le manifesté mi aprecio visitando a sus padres, y posteriormente esa misma consideración amistosa sigue viva en Toñi, y su hija María, ambas continuadoras de sus proyectos de transformación cultural global. Tampoco puedo olvidar a uno de mis más queridos alumnos, Luis Salcines. Ellos representan simbólicamente lo mejor y más honesto de Torrelavega en mi corazón.

En el Barrio Pesquero de Santander

A petición de mi viejo amigo, Alberto Pico Bollada, párroco del Barrio Pesquero de Santander, pido traslado, como Director, del Filial nº 2, masculina, dependiente del Instituto José María Pereda.

Este poblado, recientemente construido y habitado por los pescadores, desplazados del centro de la ciudad, Puerto Chico, a una zona de las afueras, no urbanizadas de los Arenales, junto al mar, en condiciones muy deficientes de transporte, saneamiento y servicios de todo tipo, respondía a la conveniencia de liberar a la zona burguesa del Paseo de Pereda y Castelar de la presencia de unos ciudadanos cuya vestimenta, lenguaje soez, falta de modales y aspecto desaliñado, convenía eliminar en una ciudad moderna. Eso es lo que recoge un documento oficial de carácter reservado y desconocido por los afectados. Algo no planificado oficialmente para esa zona, excluida de la ciudad, sucedió con la llegada de Miguel Bravo de la Peña, un joven sacerdote de brillante inteligencia, que se aplicó a la transformación educativa de niños y adolescentes, hasta entonces semianalfabetos, sin otra alternativa que su dedicación a la pesca, desde su niñez.

Con cierta facilidad, el cura consigue subvenciones y ayudas oficiales para construir una nave dedicada a la formación de mecánicos. Sin embargo, aquel taller de aspecto industrial exterior, lo convirtió hábilmente en una Filial de Bachillerato Elemental, dependiente del Instituto de Enseñanza Media, José María de Pereda, llenándola de aulas, pupitres y mesas para profesores, en vez de tornos y fresadoras. A partir de ese cambio manipulador, se va produciendo, en pocos años, una transformación radical, llegando alumnos de cercanías y pueblos limítrofes, Maliaño, Astillero, Pedreña, Peña Castillo...

En esa Filial de Bachillerato Elemental, ya en pleno funcionamiento en 1970, y que asistió con gran dolor y tristeza a la muerte de su joven creador, Miguel Bravo, artífice del milagro educativo, inicié mi trabajo, como Director y compañero de un grupo de profesores excelentes y valientes, al tomar la decisión de adentrarse en las condiciones de aquel barrio.

La situación escolar de la zona suroeste de la ciudad, el Barrio Pesquero, calle Castilla y Marqués de la Hermida, en pleno desarrollo urbanístico, carecía totalmente de centros educativos públicos adecuados. Sí, hay que admitir que crecieron desmesuradamente varias academias privadas, cuyos propietarios y gestores eran concejales del Ayuntamiento de la ciudad. Una situación muy lamentable e injusta que olvidaba lo público y estimulaba el beneficio privado en un tema básico como es la educación.

El nacimiento y desarrollo de la Filial nº 2, masculina y, poco después, otra femenina, en el mismo lugar, supuso una gran oleada de alumnos, en torno a 800, hacia el Barrio Pesquero, teniendo también presente la Guardería de las monjas Mercedarias y el colegio de antiguos alumnos de La Salle. Es importante señalar que, junto a la gran afluencia de alumnado, en la Filial nº 2 se creó un departamento de Atención Psicológica, una Asociación de padres y madres de alumnos y aulas de estudios posteriores a las horas lectivas. Tuve la fortuna de estar presente en todo este cambio, con mi respuesta afirmativa a la propuesta de Alberto Pico, y poder colaborar con un conjunto de muy valiosos docentes, provenientes, en su mayoría, de las actuaciones de Miguel Bravo. Cómo olvidar a Carmen Ruesga, Elina o Carmelo, por citar sólo a algunos de los primeros años. Después llegarían los jóvenes innovadores, Luis Salcines, Miguel Lamalfa, Paulino Sopeña, Gloria Colsa y otros muchos, todos excelentes.

El sucesor de Miguel Bravo, Alberto Pico, fue digno continuador de lo ya iniciado en el ámbito educativo. La presencia de este gran hombre, reconocido como tal, y muy querido en Santander, dio empuje en la misma dirección, consolidando con un especial espíritu abierto y calor humano lo ya iniciado. En su momento contribuyó

a la creación del Colegio de E.G.B. Miguel Bravo, en una magnífica edificación, ampliándola al antiguo colegio La Salle. Su nombre, como servidor público a favor de los más excluidos y necesitados queda grabado y reconocido en el Instituto de Bachillerato que lleva su nombre, Instituto de Enseñanza Secundaria Alberto Pico. Tanto él, como Miguel Bravo, son símbolos imborrables de dos luchadores por la enseñanza pública en el suroeste de Santander.

Verdemar, una Cooperativa de Enseñanza

[Nace así, de forma participativa, la futura cooperativa "Verdemar", sin ánimo de lucro y compuesta de padres-profesores. Es una bella utopía en sus orígenes: "a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades"]

Mi presencia en el actual colegio Verdemar de San Román de la Llanilla comienza en 1965. Un grupo de personas de izquierdas, progresistas, cristianos de base, en torno a Francisco Susinos Ruiz, ante la escasez de guarderías infantiles públicas, debaten el tema en busca de soluciones. Nace así, de forma participativa, la futura cooperativa "Verdemar", sin ánimo de lucro y compuesta de padres-profesores. Es una bella utopía en sus orígenes: "a cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades", con un sesgo plenamente cristiano-evangélico e interclasista. El soporte financiero serían las aportaciones económicas, anónimas, según las posibilidades de cada familia. Para realizar esta idea se buscó, también, un amplio colectivo de personas externas, pero mentalizados y solidarizados con un pequeño apoyo mensual. Se abrían así las puertas al llamado "espíritu de Verdemar", una escuela-guardería interclasista, abierta a cualquier niño más allá de las circunstancias económicas de su familia. En aquel primer paso de lo que más tarde se convertiría en el conocido y prestigioso colegio de San Román, yo era uno de los que, desde afuera, apoyaba la utópica idea. No tenía hijos en sus comienzos. En un primer momento tuvo su sede y acogida en la academia Altamira de Maliaño, propiedad de Francisco Palacios.

El año 1970, el colectivo iniciador, compró un chalet con un pequeño terreno en San Román de la Llanilla. Una vez terminadas las obras de adaptación para colegio-guardería, se hace real el trabajo de mantenimiento de padres y madres de alumnos, en todo lo referente al edificio y entorno. Esta práctica fue, también, durante años el símbolo de pertenencia a Verdemar: conservar las instalaciones con su propio trabajo directo y gratuito. A veces, en estas pequeñas obras manuales hay grandes personas anónimas que, sin interés alguno crematístico, dan testimonio de entrega total a una causa justa. Allí hubo varias, pero no quiero olvidar el nombre de una de ellas, Ángel Martínez, cuyo buen hacer y constancia nos empujaba a todos a servir al interés común de la guardería y colegio.

Fueron tiempos, años, de poner en marcha lo que en la actualidad 50 años después es un colegio de gran prestigio pedagógico. Es cierto que, como en todas las utopías, las crudas realidades se suelen imponer a deseadas transformaciones radicales hacia el futuro, pero doy fe de que durante más de una década dejé en Verdemar una total entrega de todo

mi tiempo libre, junto con un grupo de hombres y mujeres extraordinarias, buscadores de igualdad y justicia, más allá de cualquier utopía vacía, no abierta a la transformación universal en mayor igualdad y dignidad para los seres humanos.

Transición política y enseñanza en Cabezón de la Sal

En septiembre de 1978, con los cambios iniciales de la Transición Política de la Dictadura a la Democracia, la Inspección de Enseñanza Media de Cantabria, me nombró, en comisión de servicios, director del recién creado Instituto de Bachillerato de Cabezón de la Sal. El alcalde de este ayuntamiento era el populista de derechas, Ambrosio Calzada, que llegaría a ser Vicepresidente del primer gobierno autonómico de Cantabria.

El nuevo Instituto de enseñanza Media, que sustituiría a un CLA, Colegio Libre Adaptado, dependiente del ayuntamiento local, me proporcionó una magnífica y positiva experiencia como responsable de poner en funcionamiento un nuevo centro educativo, en el lugar de un edificio inadecuado, que había que reestructurar, derribando incluso paredes que separaban alumnos de alumnas. Además era necesario contratar un vice-director, un secretario y el resto de profesores. Fue una laboriosa tarea que culminó con la formación del claustro de profesores, en su mayoría no numerarios, los llamados "penenes", cuyo signo distintivo fue su total colaboración en todas las carencias de espacios físicos, mobiliario inexistente, creación biblioteca, etc.

Una vez superada esa prueba inicial con trabajo y entusiasmo, antes de comenzar las clases, llegó el momento de echar una mirada al marco perimetral que rodeaba el edificio, aún sin denominación. Recabada información de la Delegación de Educación sobre el espacio impreciso y sin delimitación que ocupábamos: un polideportivo, una bolera, un centro juvenil, una carretera y una carpintería, se nos informó de que no existía documentación sobre el mismo. Como director, yo tenía la responsabilidad de solucionar los límites y cerramiento del marco donde se movía el alumnado. Tal problema me llevó a los archivos generales de propiedades del Ministerio de Educación, entre los que estaba el expediente, pero sin documentación del I.E.S. de Cabezón de la Sal. Aquello había sido una creación política en periodo de elecciones en 1977, pero sin tramitación documental. A lo largo del proceso de búsqueda de documentos, llegué a conocer que el espacio que estábamos ocupando eran terrenos expropiados por la Dictadura a la familia de la ex diputada socialista Matilde de la Torre.

En la tramitación de solicitud de un nuevo I.E.S. diversos alcaldes de la zona, San Vicente, Comillas, Puente Nansa y otros, habían delegado, según acta notarial, su representación ante el Ministerio de Educación en la persona de Ambrosio Calzada, alcalde de Cabezón de la Sal. Nadie sabe las consecuencias de sus trapicheos oscuros y caciquiles, excepto los que sufrimos sus amenazas y persecuciones al intentar poner transparencia en temas públicos tan importantes. En el segundo curso de mi presencia en el I.E.S., una vez creada la Asociación de Padres de alumnos y su presencia colaboradora en los Claustros de profesores en temas específicos, se decidió dar nombre al centro educativo, cuya competencia recaía en el Claustro de profesores, Ayuntamiento y Asociación de Padres. El resultado por unanimidad del claustro y Padres de alumnos fue el de Matilde de la Torre, y por parte del Ayuntamiento Manuel Llano. Tal decisión fue comunicada a la Delegación de Educación por vía oficial, aunque jamás se hizo pública. Matilde de la Torre era un símbolo insoportable, alguien hizo desaparecer los documentos acreditativos de su denominación para presidir el I.E.S. de Cabezón de la Sal.

Recuperación de la democracia

La muerte de Franco es el comienzo de un proceso en busca de la democracia. En un primer momento, entro en Izquierda Democrática, democracia cristiana, liderada por Joaquín Ruiz Jiménez. Viajo, con otros, en varias ocasiones a Alemania donde la C.D.U., Unión Demócrata Cristiana, nos instruye en formación participativa democrática, técnicas electorales y actividades sindicales. Al mismo tiempo, el S.P.D., partido social demócrata

[En Alemania daba órdenes Estados Unidos: España tendrá bipartidismo, con una Ley D'Hondt electoral, cerrada y controladora de la nueva democracia, al menos durante las primeras legislaturas.]

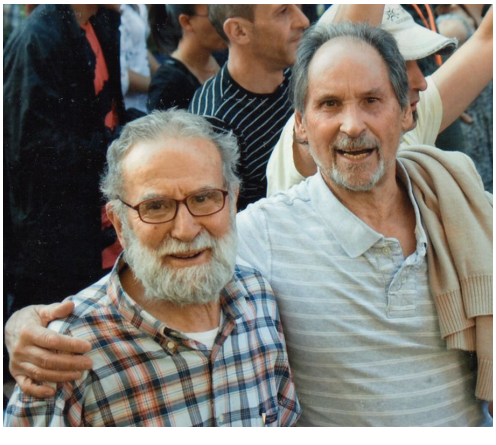
recibe e instruye a los socialistas de Felipe González sobre la misma temática. Todos los grupos políticos, derechas o izquierdas, sabíamos o intuíamos que tras toda la información recibida de Alemania, en sus orígenes y directrices, estaba Estados Unidos, bajo cuya poderosa bota se encontraba la Alemania beneficiaria del Plan Marshall de ayuda a la reconstrucción. Esta situación de supeditación alemana, después de la segunda guerra mundial ya la había visto y digerido en mis viajes de trabajo a München y Frankfurt, una década antes en la Alemania de Konrad Adenauer, poblada de bases militares americanas, con Kennedy, proclamando en Berlin, "Ich bin ein Berliner", (yo soy un berlinés). En Alemania daba órdenes Estados Unidos: España tendrá bipartidismo, con una Ley D'Hondt electoral, cerrada y controladora de la nueva democracia, al menos durante las primeras legislaturas.

La realidad es que tanto se ha alargado la reforma de esa Ley electoral, anticomunista, que en el tránsito, 40 años, P.P. y PSOE, descubrieron los sucios caminos de la corrupción, coreados por PNV y Convergencia, causa de la gravísima situación política actual.

El Movimiento Ecopacifista

Pasados los primeros fervores de mi participación en Izquierda Democrática, se abrió a mediados de 1980 un nuevo camino: la ecología política. Nacían Los Verdes europeos. En Cantabria se creó un grupo de Verdes, del que formé parte. Allí estaba Carlos Lamalfa liderando al colectivo. Al mismo tiempo, Miguel Arce creó los grupos pacifistas en Soto Iruz, cercanos y colaboradores de Los Verdes. Nació Playas y Costas en defensa del litoral, denunciando las primeras construcciones masivas sobre las dunas, y las sacas de arena para la construcción en Loredo. Los ecologistas, junto con otros colectivos de Torrelavega, logramos paralizar los proyectos de construcción sobre las dunas de Oyambre, aunque el hormigón terminó con buena parte de los arenales de Noja.

El contacto con otros grupos de Los Verdes en España nos llevó a Cardedeu, Cataluña, donde se celebró un encuentro internacional. Estuvimos presentes en las luchas en contra del pantano de Riaño y la instalación de un campo de tiro en el Teleno, en León. Hicimos múltiples viajes y encuentros Verdes en Castellón, Madrid, Sevilla, Burgos, etc. Como colofón a tantas actividades nos presentamos y participamos en el Primer Congreso Internacional de los Verdes europeos en Dover, Inglaterra. Los Verdes influyeron, más tarde, en el nacimiento de Jóvenes Ecologistas, cientos de estudiantes de diversos Institutos de Bachillerato de Cantabria, pertenecían a esta federación ecologista, muy activa en defensa de la plantación de especies autóctonas y contra las masificaciones de eucaliptos. También defensores de la biodiversidad y el medio ambiente. Estos estudiantes tuvieron la fortuna de conocer los Parques Nacionales de Monfragüe, en Cáceres, y el de Ordesa, en Huesca. Hay que señalar



Tomás López (dcha.) con Paco Torres, ambos del grupo GEA (2000)

Tomás López participando en las protestas contra la construcción del pantano de Riaño (1987).

que contábamos con la colaboración gratuita de expertos, en todas las informaciones y debates asamblearios abiertos. Iniciábamos una nueva forma de educar, participando en libertad.

Otro grupo ecologista, muy activo durante varios años en Santander fue G.E.A., grupo ecologista asambleario, muy presente en temas relacionados con la recogida de basuras, contaminación y el urbanismo masificador. Quizás lo más importante fue la organización de los encuentros y debates, "Por un barrio habitable",en Castilla-Hermida, en el que participó la Universidad, el Ayuntamiento y profesionales de la arquitectura y antropología. Entre ellos, Antonio Montesino, muy cercano a Los Verdes. Queda constancia de estos encuentros en una publicación de las conferencias de los intervinientes.

En Trasmiera surgió CEREN, colectivo ecologista para el control y regulación de plantaciones de eucaliptos. Debido a las trasgresiones de la legalidad, en la no observación de la normativa de impacto ambiental, forzaron una entrevista con el Consejero responsable con denuncia al Gobierno de Cantabria.

En busca de la media luna

Mi memoria está aún viva para recordar aquellos días de niñez, en que nos enseñaron a rechazar a los otros, a los diferentes, ya fuera por motivos religiosos, ideológicos, xenófobos u otros. Nosotros éramos los escogidos de la única religión verdadera; el pensamiento político correcto; el mejor país del mundo; nuestra piel la más noble, la blanca.

Así crecimos, en guerra contra los otros, los malos: los Protestantes, los negros, los comunistas, los de la Media Luna, los Masones, los homosexuales. Nosotros, los del Guerrero del Antifaz, los de la cruz, éramos los

[Mi memoria está aún viva para recordar aquellos días de niñez, en que nos enseñaron a rechazar a los otros, a los diferentes, ya fuera por motivos religiosos, ideológicos, xenófobos u otros.]

buenos, colonizadores de pueblos y la paz, montando guerras. Deseaba comprobar por mí mismo, si estos relatos históricos eran toda la verdad, sobre todo en relación con los de la Media Luna, los seguidores de Alá, allá por Oriente, Turquía, o el sur, Marruecos. Tomé la decisión de visitarlos, dedicando previamente un tiempo a conocer su propio idioma, quería hablarles en su propia lengua sin intermediarios: el turco.

Así pues, una vez libre de mis obligaciones de trabajo, ya retirado, inicié contactos con emigrantes turcos, que me llevarán a encontrarme y convivir con personas, cuyas formas de vida, cultura o religión fueran diferentes de las mías. Una vez en Turquía, visité y conviví con algunas familias turcas, compartiendo comidas, diálogos y techo. Más tarde entré en sus lugares de culto, sus mezquitas. Allá en las montañas, en el noroeste turco, en Sivas, cerca de Kangal, en un pequeño pueblo primitivo con casas de paredes de adobe, habitado en su mayoría por ex –emigrantes, trabajadores en Alemania, y rudos pastores nativos, compartí hondos sentimientos de cordial acogida y calor humano hacia un extraño, aunque portador de noticias de uno de sus vecinos en España. Aquella estancia de una semana de vivencias entrañables superaba a toda posible influencia de creencia religiosa. En Ankara, la capital donde residí algunas semanas, participé en reuniones familiares y tenía algunos amigos. En una de mis visitas a la Gran Mezquita, busqué la oportunidad de visitar el Gran Muftí, en su despacho privado, entregándole un ejemplar, traducido al turco, de Carlos Díaz, "Diez palabras clave para educar en valores". Charlamos en turco, durante unos minutos, para explicarle las razones de mi visita a Turquía. Él, por su parte, me regaló también un libro sobre un islamista importante. Así terminó mi visita, que volvió a repetirse tres años después, incluyendo una comida y fotografía juntos en los comedores anexos a la Gran Mezquita.

Resumen de memoria

Desde aquellos 16-17 años, en que comencé a tomar conciencia pensante de mi mismo, hasta ahora más allá de los 80, quedan grabadas en mi vida cientos de personas, situaciones, trabajos, viajes, países e instituciones de lo más variado. Todo ello ha contribuido a ser quien soy, desde el "pienso, luego existo", cartesiano, pasando por el "yo soy yo y mis circunstancias" orteguiano, aterrizando en el "soy amado, luego existo" de Carlos Díaz, el filósofo monneriano, y el definitivo "el otro soy yo", nacido de mi pertenencia al Instituto Monnier, y su Personalismo Comunitario, basado en Jesús de Nazaret, en los últimos 40 años de mi vida. Todo ello me hace llegar a la conclusión de que "soy un ser para los demás".

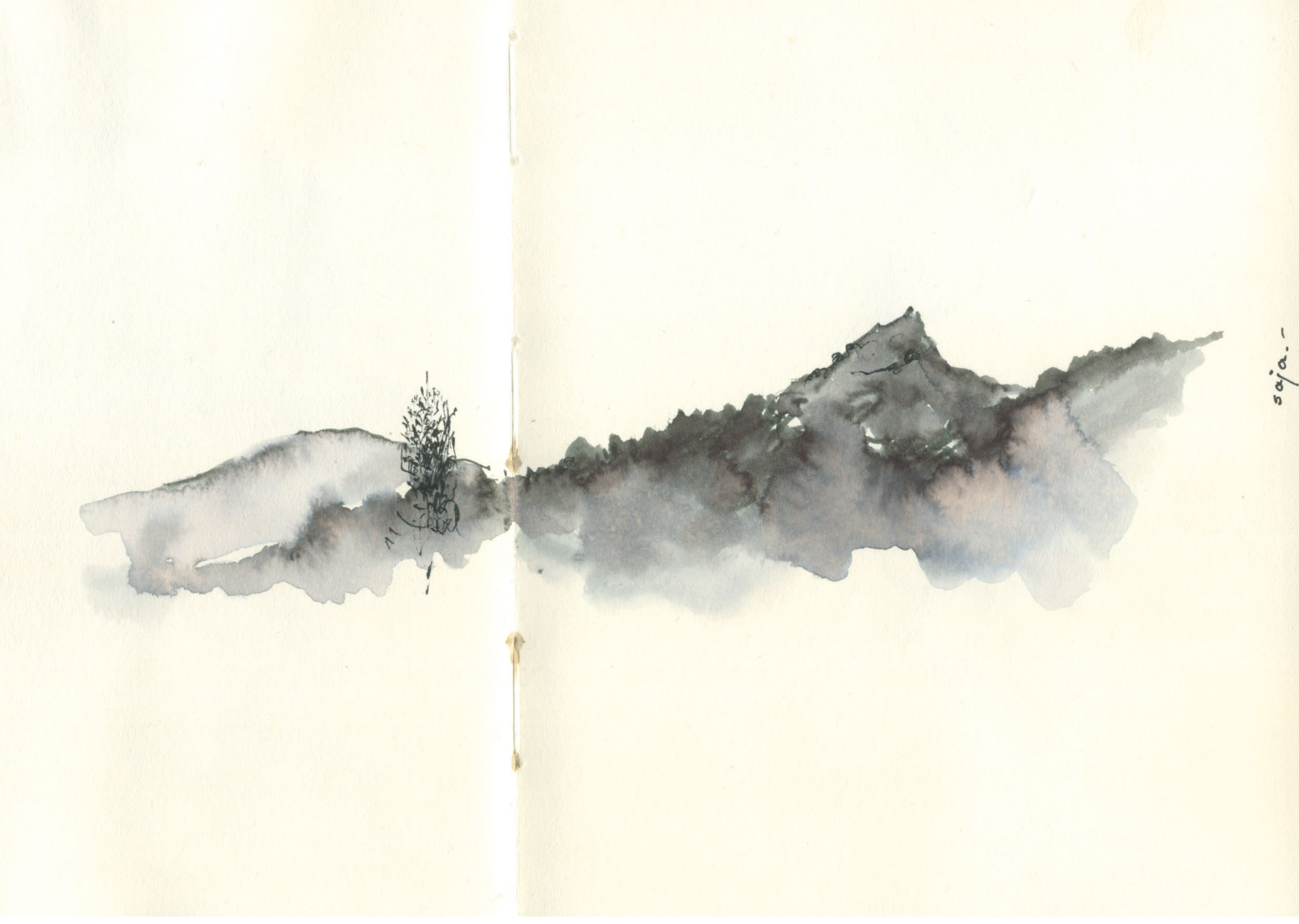
*Todas las imágenes son parte del archivo familiar de Tomás López Díaz, a excepción de la fotografía de Santoña que ha sido cedida por **Desmemoriados**, Asociación para la recuperación de la memoria histórica.

La ternura

María Sánchez

Es curioso. La multitud de historias que están cerca y ni siquiera vemos, que se encuentran pacientes, esperándonos, sin hacer ruido, atentas a los pasos de quien se aproxima, expectantes ante el cuerpo o la voz que puede convertirse en la mano que descubre el velo, en los dedos que arañan la tierra sin hacer daño, con la única intención de sacar a la luz lo que siempre ha permanecido a la sombra. Otras de ellas, necesitan del tiempo, del transcurso de los días para que salgan a la luz por sí solas y reparemos al fin en ellas. Algunas ni siquiera son historias: destellos, semillas, animales, voces, gestos, caminos, vínculos, apegos... y es en su ausencia cuando más se hacen notar. Así toman forma y ocupan un nuevo espacio en nuestra memoria, tomando una sombra y voz propia, que a veces sirve de luz y guía, que a veces recuerda, escuece un poquito y calma.

A veces, me gusta pensar en la escritura como un animalillo que siempre llevas contigo y no para de pedirte cariño, alimento o cobijo. Como una hija imaginaria a la que quieres pero que también consigue sacarte de quicio. Algo que siempre está ahí y que adopta muchas formas diferentes. Últimamente apenas escribo pero no paran de acompañarme imágenes que se cruzan, que a veces te asaltan y no te dejan en paz, como esas crías que no existen pero necesitan calor y agua. No escribo pero camino, me convierto en espigadora y arranco con cuidado (¿es posible conjugar semejantes palabras, la acción de arrancar algo de su sitio con cariño?) alguna flor, rescato algún nido caído del suelo, guardo entre las hojas de algún cuaderno o algún libro hojas de árboles secas, rotas, hojas huérfanas de la futura descomposición. Quería contaros acerca de alguno de los pájaros que he visto estos días, pero no dejan de agitarse imágenes en mi cabeza, y son un pellizco, una nana pendiente a que vuelva la voz. Como el regato que nos vio crecer a toda mi familia, seco por primera vez en el transcurso de una genealogía, reducido a barro y musgo convirtiéndose en nada. Carboneros, mitos, herrerillos, algún abejaruco, alguna curruca tomillera... apuran el agua, con ansia; me pregunto si sabrán cuando se acercan a ese charquito que posiblemente sea la última vez que calmen la sed. Como ese gesto de mi tío Juan, que revisa todas las tardes el nivel del agua de la alberca, y la última vez que lo acompañé me contó que había puesto un trocito de corcho en el agua para la pareja de culebras que encontró allí, para que pudieran estar tranquilas y descansar, "míralas, tomando así un poquito el sol, animalitos". Y pienso mucho en la ternura, muchísimo; en el agua, en la sed, en todo lo que conlleva la sequía, en el miedo de ese cervatillo acercándose al último manantial sin fuerza que me mostró mi padre mientras nos escondíamos entre las encinas.



¿Qué formas adoptará esta ternura en los tiempos que se acercan?

Quiero escribir sobre esto pero me entretengo mirando el suelo, tocando con cuidado algunas piedras, intentando hacer el mínimo ruido posible cuando me echo a andar por el monte. Hace un rato pensaba en el nido que encontré ayer tirado, hecho de ramitas e hilillos de sedal negro no podía quitarme de la cabeza la mano que tiró el hilo y el pico que lo recogió y lo asimiló como algo natural y propio para traer una nueva vida. No me quitaba esa imagen, en esa posible asimilación del desarraigo, hasta que sonó el móvil. Mi madre escribía que mi tita Carmen de Barcelona acababa de morir allí, en algún hospital de la ciudad. Y pensé en ella dormidita cubierta de barro y musgo, sin hilos de sedal ni nada forastero a su cuerpo, y apreté muy fuerte las manos, creyendo así, niña tonta, que ella hasta el último momento pensó que se moría en su pueblo, en su casita que abría todos los veranos como si nunca se hubiera ido, en el patio que regaba todas las noches y donde la encontrábamos cuando íbamos a verla, fresquita, sentada en el poyete, con su bata de colores, con una cinta siempre en el pelo. Tranquila, sin fiebre ni dolor, sin saber que el pueblo lleva meses sin agua la mayor parte del día, que mi abuela ya no anda, que este año no habrá huerto, que ya no quedan albercas, que los niños ya no se bañan en la ribera, y que su casa y sus macetas andan rabiando porque ella no murió donde más quiso, porque no tuvieron ni siquiera la opción de poder decirle adiós.

Quebrantahuesos

María Sánchez

Quise contarle que el domingo vi un quebrantahuesos.
De lejos, arriba, en la montaña, rompiendo el cielo con su silueta, dejando ridícula la altura a la que estábamos las demás. Quise contarle que el canto del ave es silencioso, que solo canta cuando busca pareja, y se deja llevar así por silbidos que se alargan convirtiéndose en un habitante más que se une al coro que nunca calla de animalillos y pasos del bosque. Un silbido que no sé si sabría reconocer allí, quieta, con una piedra en la mano izquierda que recogí un rato antes porque mojada parecía bonita. Un silbido, que más que un canto parece un lamento, que corta la montaña en dos y calla y sigue. Un silbido que calla y advierte, y que consigue que los demás, al oír a la sombra desde arriba, obedezcan.
Quise contarle que su nombre científico realmente significa algo así como una mezcla de buitre y águila con barbas, que una parte de sus ojos es demasiado caliente, demasiado roja para pertenecer a las alturas y a las montañas. Quise contarle que dudé al principio, porque lo sentía demasiado arriba, demasiado inalcanzable. Y eso lo hacía más bello.
Quise contarle que Sara, la pastora de la aldea de al lado me puso una mano en el hombro, y sonrió, mira María, un quebrantahuesos. Ella, como una madre le da el primer nombre de algo que pregunta su hija sin preguntar, sin saber, pero que dentro del cuerpo del niño late y desea.
Quise contarle que lo reconocimos por el vuelo. Que me sentí a la vez insignificante y poderosa, y también agradecida. Quise contarle que por segundos fui un organismo que formaba parte de un estrato de la roca, que cantaba nanas a los fósiles marinos que emergieron hace miles y miles de años ahí, del sedimento marino. Quise contarle que donde yo pisé hubo mar, otros surcos, otros cuerpos, otras olas. Quise contarle que no me quitaba de la cabeza un trocito del libro de "Canto yo y la montaña baila" de Irene Sola, un trocito que canta: venid, venid aquí, que os dejo un poco de espalda para que os hagáis una casa.
Quise contarle.
Quise contarle. Pero al subir al coche tuve que ayudarle con el cinturón, pasarle a la espalda la cinta que debería cruzarle el pecho que ya no está. Quise contarle que después del quebrantahuesos me daba igual seguir sin tener mesa donde escribir, que en la ciudad veo demasiadas mariposas, pero al doblarme para ayudarle y cuidarla, rocé el pelo nuevo, fuerte, blandito, suave, pelusa. Y que mi cuerpo quiso quedarse así, más tiempo, durante horas, sin nada más, porque en ese instante no servía para nada más, solo como una extensión que calma y cuida, o eso intenta. Y quise decirle que ahí, en el parking de un absurdo centro comercial, me vino el silbido del ave que nunca escuché, las alas silenciosas cobijándonos a las dos, cubriéndonos de plumas y cantos, desgarrando una a una, con mimo las células culpables, las células enfermas, las células que nunca más deberían volver.

☞ **María Sánchez Rodríguez**
María Sánchez es veterinaria de campo y escritora.Coordina el proyecto Las entrañas del texto, desde el que invita a reflexionar sobre el proceso de creación, y Almáciga, un pequeño vivero de palabras del medio rural de las diferentes lenguas de nuestro territorio. Ha publicado el poemario ***Cuaderno de campo*** (La Bella Varsovia, 2017) y un libro ***Tierra de mujeres*** (Seix Barral, 2019). En 2019, el patronato de la Fundación de Estudios Rurales le concedió uno de los premios Orgullo rural «por ser un puente de divulgación del mundo rural», y el Instituto de la Juventud de España (INJUVE) le otorgó el Premio Nacional de Juventud de Cultura.

De bomberos y pastores: lo urgente y lo importante[1 y 2]

Jaime Izquierdo

El incendio de Gran Canaria ha vuelvo a meternos el corazón en un puño. La zozobra no desapareció cuando se terminó la pesadilla porque la extinción, siendo cierta, es incompleta. Me explico. El alivio del final del incendio no consiguió apagar, al menos en mi caso, el desasosiego que sigue ahí clavado en el corazón como una brasa latente. En los últimos años hemos visto quemar demasiados montes como para pensar que este sea el último. La falta de soluciones estructurales y estructuradas para hacer frente a los grandes incendios nos hacen mirar con preocupación e inquietud para el monte verde de las cumbres isleñas y para tantos territorios peninsulares que son ya más forestales cerrados que campiña abierta y entretenida.

Por eso hace años que no miro al monte con franqueza, disfrutando de sus encantos sin más trasfondo, sin preocupación. Ahora lo miro con intranquilidad, con una extraña sensación de tragedia en ciernes. Los montes —y las tierras de medianía desmanteladas que ahora les hacen de mecha— ajenos a la mano del hombre que en un tiempo no muy lejano los trasegó con ganados, recogiendo leña y pinocha, organizando viñedos, castañeros, carboneras, entresacas y aclarados, están ahora quietos, parados, vulnerables a la primera chispa. El abandono de las actividades tradicionales y su relación con el incremento de materia combustible en el monte está fuera de toda duda. Por eso la solución no está en la extinción, sino en la prevención, como se ha dicho miles de veces. Ante un incendio, lo urgente es apagarlo, y para eso están los bomberos, es cierto; pero lo importante de verdad sería prevenirlo, y para eso hacen falta pastores, agricultores, carboneros...

El diagnóstico está también hecho: es más inteligente convertir la «energía verde» del monte en proteína o calor y en paisaje complejo que resignarse con apagar incendios. Además, los suelos bien pastoreados retienen más CO2 y las masas forestales intervenidas con inteligencia son más saludables. Los paisajes tratados con cariño se hacen más ricos, nos alimentan el cuerpo y el alma y actúan como mitigadores del cambio climático.

La desaparición de los oficios de la tierra es una constante que se repite tanto en las islas como en la península. En lo que respecta al pastoreo el principal escollo radica en la falta de una nueva organización de la actividad que sustituya a los últimos pastores. El problema más que de «relevo generacional» —que también— como recurrentemente se reitera en los análisis que intentan explicar su decadencia, es de «relevo organizacional», es decir, de ausencia de un sistema de organización del pastoreo extensivo que sustituya, o complemente, al vigente, renqueante y escaso, sistema de pastoreo familiar. Ahora que no están en el monte los privados —me refiero a las familias y comunidades locales de pastores— tenemos que hacer una reflexión desde lo público y la sociedad en su conjunto para preguntarnos qué paisaje rural y forestal queremos.

La extinción del pastoreo extensivo responde a una concatenación de causas que lo han situado fuera de los oficios y profesiones de interés. Los costes de transacción del pastoreo —mucho tiempo de dedicación, jornadas muy largas, no deja tiempo libre, esfuerzo físico continuado, escasa rentabilidad económica, numerosas contingencias negativas para el ganado, etcétera— son altísimos y repercuten directamente sobre el pastor, su familia, su autoestima y su bienestar. Por el contrario, los beneficios ecológicos para el territorio de su actividad son muchos y muy apreciables y los disfruta la sociedad en general —paisajes de pastizales en mosaico y abiertos, caminos y senderos limpios, agroecosistemas más entretenidos, quesos y carnes de alta calidad, etcétera— pero no son retribuidos, ni tan siquiera reconocidos pues los pastores, no siéndolo, son considerados como ciudadanos de segunda.

La idea sobre la que convendría trabajar es en la creación de rebaños corporativos de titularidad pública, vecinal o asociativa, con respaldo económico que se hiciera cargo de los costes de transacción y permitirían que los pastores fuesen reconocidos como profesionales con derechos laborales, retribuciones y descansos similares a oficios como el de jardinero o bombero. En realidad, un pastor es un «gestor cultural del paisaje» y un «edafoterapeuta». Reconozcamos su valía e incorporemos su saber hacer profesional a la gestión del campo.

La verdadera innovación con el pastoreo sería, por tanto, ensayar esas nuevas fórmulas de rebaños corporativos bien dirigidos y operando en los montes abandonados y huérfanos de pastores y pastos. Para organizar los nuevos rebaños tenemos que poner el pensamiento lateral al servicio de la innovación. No podemos quedarnos en el lamento y en echarlos en falta porque los pastores, tal como los conocimos en el pasado, no van a volver y los pocos que quedan no son suficientes.

Espero que algún día, a no mucho tardar, la sociedad urbana y sus instituciones de gobierno interioricen la idea de que es mejor, más rentable y más beneficioso para la conservación de la naturaleza y el desarrollo rural, y de paso la agroalimentación local de calidad, invertir en sistemas organizados de silvopastoreo y manejo del monte en lugar de fiarlo todo a incrementar las dotaciones y los medios técnicos de los parques de bomberos. Creo que hay que invertir en el diseño de rebaños bien organizados de ovejas y cabras del país y en nuevas organizaciones y visiones del pastoreo, porque seguir haciéndolo solamente en hidroaviones no atiende lo importante y se queda solo en lo urgente. Un buen equipo profesional de pastores haciendo silvopastoreo y encargándose de la gestión agroecológica de un monte es tan necesario como un buen equipo médico, un buen plantel de maestros en una escuela o un buen servicio de jardinería urbana. La rehabilitación funcional del pastoreo no responde a una reclamación nostálgica sino a una reclamación innovadora que resitúe el oficio en el futuro como una profesión prestigiosa y de reconocido interés público. Ese día habremos logrado que un oficio que nos acompaña desde el inicio de la Revolución Neolítica y estuvo al borde de la extinción, remonte el vuelo y se integre plenamente en la sociedad agropolitana y posindustrial.

Me consta el interés del Cabildo de Gran Canaria en este asunto y en esta perspectiva, como también el de la cámara municipal de Funchal, pues allí coincidimos hace un par de años en unas jornadas para reivindicar un pastoreo de conservación en Canarias y Madeira. Soy consciente de las dificultades que ello entraña pero creo que la solución se encuentra en una actualizada revisión de los oficios de las medianías y del monte, para recuperar recursos agroalimentarios, energéticos y paisajes evitando con ello tanto riesgo, tanto desasosiego y tanto incendio. No será fácil pero entre todos los que creemos en esta vía tenemos que encontrar una fórmula viable, económicamente soportable, ecológicamente aceptable y socialmente admitida y comprometida.

1. Las reflexiones y contenidos de este artículo forman parte de un libro del autor, y de próxima publicación, titulado "La ciudad agropolitana y la aldea cosmopolita: hacia una ciudad responsable con el campo, hacia una aldea responsable con la naturaleza".
2. Publicado en el diario La Provincia (Gran Canaria) el 14 de septiembre de 2019.

La conquista del pan

Jaime Izquierdo

Hay un pueblo portugués, en el litoral alentejano, que se llama Pouca Farinha (poca harina). Me admira la toponimia campesina porque casi siempre se manifiesta con certeza y siempre lo hace con sinceridad. La manera en que los campesinos nombraron sus pagos está libre de eufemismos y, por lo general, expresa lo más significativo y trascendente del lugar. Pouca Farinha no engaña a nadie. El nombre en el mundo campesino, sea para designar un lugar o para distinguir a alguien —y entonces se llama mote—, es un diagnóstico sintético y pretende ser una verdad precisa, rotunda, concisa, franca. Explica cómo es o qué le pasa al sitio, o la persona. La toponimia es una recopilación fehaciente de diagnósticos del país, es un tratado esencial de geografía, escrito por los que la hicieron con sus manos a escala 1:1, y que deberíamos conocer los que venimos de fuera para saber dónde ponemos los pies.

El pan, la obra sublime de la cultura campesina —Gustavo Bueno decía que el hombre es un animal que hace pan—, a la que siguieron, o antecedieron, otras —el queso, el vino, la sidra, el jamón,...— se perdió en la historia de los hombres el día que a las panaderías les empezamos a llamar «boutique del pan», el día que al abrir la ventana en la aldea no entró en la casa el olor a pan horneándose. El día que en los hipermodernos hipermercados, con hornos eléctricos y automáticos de producción continua, al pan industrial congelado y prefabricado le pusieron nombres que son mentira como «pan de pueblo», «pan de la abuela», «barra campesina»,... La prisa y la industria mataron al pan y después le robaron el pasaporte y ahora lo exhiben en la ciudad con una identidad que no es la suya.

Por eso me parece tan bien que el Gobierno haya tomado cartas en el asunto y haya promulgado una norma —un Real Decreto— que ya se conoce popularmente como la "ley del pan" y que es un primer paso para retomar la cordura y volver a la franqueza de llamar al pan pan. Pero ya digo que este es solo un primer paso. Queda mucho por desandar para volver a encontrarnos con el origen de las cosas y hacerlas evolucionar sin tener que renunciar a la esencia o a la identidad.

Porque las cosas no se arreglan haciéndote pasar por lo que no eres. Si eres de Pouca Farinha no orientarás bien tu futuro si renuncias al nombre y te haces pasar por de Muita Farinha o si a la peluquería de toda la vida la llamas Fashion Hair Lab. No es eso lo que necesitan los pueblos sino tratar de buscar alternativas con las que superar el determinismo biogeográfico que no le ha dado a la tierra la gracia de la abundancia. En el mismo viaje, y en una panadería cercana a Pouca Farinha,

encontré pan de algarroba que, por cierto, ahora lo venden con éxito como una exquisitez y dicen de él que es el nuevo chocolate. No conozco la historia agroalimentaria del Alentejo pero estoy casi seguro de que el pan mezcla de algarroba y trigo se inventó en las tierras de poco pan. Piotr Kröpotkin cuenta en La conquista del pan que en Rusia los campesinos pobres hacían pan mezclando harina de trigo con raspaduras de corteza de álamo blanco.

Aquello que fue antes fruto de la necesidad puede ser solución en un futuro porque el progreso tiene a veces, por alguna extraña razón que no alcanzo a entender, añoranza del pasado y se vuelve a enredar con él para caminar hacia el porvenir. El pan conocido ahora como biscuit, que suena tan francés y tan glamuroso, y que cortado en finas rebanadas acompaña al salmón ahumado o a las huevas de caviar con flores de mantequilla, era en el París del hambre el pan de los pobres. Biscuit —bis cuit, segunda cocción— se llamaba al pan que había sobrado el día anterior y se horneaba de nuevo para venderlo al día siguiente a menor precio.

La necesidad es la madre del ingenio y es a la penuria, aunque suene a paradoja extraña, a la que deberíamos agradecer muchas de las soluciones innovadoras para escapar, de nuevo paradójicamente, de ella. Hacer de la necesidad virtud es una vieja/nueva actitud que sirve para superar tanto descalabro.

El progreso, ya digo, va y viene. Lo que antes era una mera estrategia de supervivencia puede ser debidamente actualizada una buena oportunidad. En Francia, hace unos años que han aparecido algunas iniciativas que están repensando el pan y en algunos lugares han surgido una especie de «pastores del pan» que además de panaderos atienden con esmero todo el ciclo de la materia prima y su transformación, empezando por cuidar los suelos donde cultivan los cereales. Plantan semillas de variedades locales o adaptadas en las tierras seculares de pan —las tierras de pan llevar, panizos, paniceiros,... que decimos en Asturias—, los cuchan como se hacía antes con estiércol de los ganados que pastan los barbechos, las cuestas y los prados próximos, recolectan las mieses a su tiempo, muelen los granos en los molinos antiguos que han vuelto a la vida y los amasan y hornean con leña, como se había hecho siempre pero con un poco de nueva tecnología y mucho de vieja cultura del país.

Estos nuevos panaderos hacen pan desde sus pequeños pueblos caminando hacia la rehabilitación de unas lógicas antiguas que, una vez actualizadas, devuelven al hombre la sabiduría extraviada como hacedor de pan —en la definición de Bueno— y de paso demuestran que no está todo perdido en la lucha porque la humanidad se reconduzca y aprenda a vivir en la Biosfera. Si volvemos a conquistar el pan empezaré a creer de nuevo que también estamos a tiempo de recuperar la definición más extensamente asumida, y atribuida a Aristóteles, que confiere al hombre la condición de animal racional.

[Publicado en ***La Nueva España*** el 28 de julio de 2019]

☞ **Jaime Izquierdo Vallina**
Jaime Izquierdo es Comisionado para el Reto Demográfico, ha desarrollado su actividad laboral vinculado al desarrollo rural, el medio ambiente y la gestión de recursos naturales. Es coordinador de la Asociación Española de Municipios de Montaña, ha escrito diversas publicaciones sobre la construcción cultural de la naturaleza, las relaciones campo-ciudad, el pastoreo, la ganadería extensiva o la sociedad posindustrial. Entre su obra más destacada se encuentra el libro ***La casa de mi padre*** y ha publicado recientemente ***La ciudad agropolitana y la aldea cosmopolita: hacia una ciudad responsable con el campo, hacia una aldea responsable con la naturaleza***.

Ruralidad o barbarie

Adrián Almazán

En ***Vidas a la intemperie*** (Badal, 2014), Marc Badal recopila una serie de adjetivos que:

- encajan con la imagen del campesinado que, en buena medida, nosotros mismos reproducimos.
- Incultos, ignorantes, limitados, espesos, zoquetes, toscos, estrechos, anticuados, atrasados, incoherentes, informales, inmorales, desobedientes, ladrones, mentirosos, falsos, ruines, hipócritas, herejes, degenerados, supersticiosos, tardos, grotescos, horteras, feos, insensibles, rencorosos, sórdidos, tozudos, cotillas, egoístas, avariciosos, insolidarios, individualistas, interesados, malhumorados y a menudo violentos.
- En resumidas cuentas: paleto, cateto, grullo, borono, palurdo, garrulo. (Badal, 2014: 93)

Si comparamos estos apelativos con aquellos que Francisco Fernández Buey recoge en su artículo ***Tres notas sobre civilización y barbarie*** (Fernández, 2005) como caracterización convencional de los bárbaros, las similitudes saltan a la vista: «la irracionalidad, la desmesura, el desorden, el despotismo, la sumisión, la crueldad, la ferocidad, el bestialismo, la falta de autocontrol y la inhumanidad» (Fernández, 2005: 3). Es más, cuando éste habla de las acepciones que el término bárbaro adquirió en el contexto del nacimiento de la cultura humanista europea del Renacimiento, una de ellas es precisamente la de «rústicos de la propia cultura (por zafios y bestiales)» (Fernández, 2005: 4). Sin embargo, ¿es lícito mantener a día de hoy una asociación tal entre el campesino y el bárbaro?

Vayamos más despacio. En su artículo, en verdad una suerte de corolario sintético a su obra ***La barbarie de ellos y de los nuestros*** (Fernández, 1995), Fernández Buey se dedica a estudiar y problematizar la dicotomía que a lo largo de la historia de la cultura euro-norteamericana ha constituido la pareja civilización y barbarie. Según ésta, frente a los bárbaros se encontrarían los civilizados caracterizados por: «la racionalidad, la mesura, el orden, la instrucción, la educación, la policía (en el amplio sentido original de la palabra, que incluye la higiene), la socialidad, la civilidad, la humanidad en suma» (Fernández, 2005: 3). En su relato, los periodos greco-romano y cristiano corresponderían a un particular hermetismo en el uso de estos términos, siendo habitual

que el apelativo bárbaro se aplicara de forma homogeneizadora a todos aquellos ***otros*** culturales más allá de las barreras geográficas propias. Existieron excepciones a ese tipo de utilización ya desde el s. V a.C., aunque no sería hasta el s. XV cuando las fronteras entre ambos términos comenzaran a desdibujarse. Por un lado reflexiones como la de Bartolomé de las Casas ponían sobre la mesa algo así como que ***no todo es bárbaro entre los bárbaros***. Por otro, los Ensayos de Montaigne (2004) supondrían el pistoletazo de salida a un relativismo cultural que abriría brecha en las filas de civilización ampliando la conclusión anterior para afirmar que ***también hay bárbaros entre nosotros***. Para Fernández Buey estas dos constataciones son la realidad fundacional de una escisión del alma europea que moldearía la conciencia histórica de ésta en los siglos por venir. En sus palabras:

> de un lado, autosatisfacción por las conquistas civilizatorias (incluyendo en esas conquistas la ciencia moderna y sus aplicaciones tecnológicas); de otro lado, conciencia desventurada o desgraciada por los males que han conllevado las conquistas civilizatorias, a saber: genocidios y etnocidios vinculados a la colonización de los otros, de las otras culturas (de las que se duda ya que fueran tan bárbaras como se había dicho o de las que se piensan que no eran bárbaras en sentido propio). (Fernández, 2005: 5)

Esta concepción escindida de nuestra civilización se hizo particularmente importante en la filosofía del s. XX, que trató de desentrañar hasta qué punto ambas almas eran o no separables y si la idea de ***progreso*** que había marcado las esperanzas emancipadoras de los s. XVIII y XIX, y para la cual el mundo campesino era un obstáculo que superar, no tomaría en verdad más bien la forma de un cierto *progreso regresivo*. Quizá el análisis paradigmático en este sentido es el realizado por Horkheimer y Adorno (2009) en ***Dialéctica de la Ilustración***, donde se explicita que la relación entre las parejas civilización/barbarie, razón/sinrrazón o ilustración/mito es radicalmente dialéctica. Sin embargo, otros muchos autores como Benjamin (no hay documento de civilización que no sea al mismo tiempo documento de la barbarie), Ellul, Anders, Arendt o Primo Levi constataron que, a diferencia de lo que se creía, un avance de realidades tradicionalmente consideradas civilizatorias -la abundancia material, el desarrollo tecnológico, el Estado, etc.- no traía indefectiblemente unido un progreso moral de la sociedad. Es más, en muchos casos podría conllevar más bien un retroceso, como decíamos, podría ser una forma de *progreso regresivo*.

Una de las formas más alarmantes de esta componente regresiva del *progreso*, o si queremos del avance de nuestra civilización, es precisamente el carácter dual de unas fuerzas productivas que se alzan a la vez como fuerzas destructivas. Desde mediados de los años 60 existe la certeza de que el avance de las sociedades industriales en el planeta está poniendo en peligro las mismas condiciones de habitabilidad y reproducción de la vida humana en el mismo. Algunos autores hablan de nuestra época como el Antropoceno haciendo referencia a que la segunda mitad del s. XX ha inaugurado una novedad histórica: la de un ser humano capaz de realizar modificaciones a gran escala, es decir comparable a la de los grandes procesos geológicos, en el planeta Tierra. En concreto son tres los fenómenos críticos a los que no podemos dejar de prestar atención y que, por desgracia, no han hecho más que empeorar desde que fueran señalados y denunciados hace ya más de cinco décadas. En primer lugar, la desaparición masiva de especies al hilo de la destrucción de los ecosistemas que les dan cobijo y de las modificaciones climáticas a gran escala. Es tal la magnitud que ha alcanzado dicho proceso de extinción que algunos autores hablan ya de una sexta gran extinción comparable a las grandes extinciones de los registros geológicos. En segundo lugar, la sobrecarga de los sumideros biológicos, que tiene como caso paradigmático el aumento de la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera y el consecuente aumento de la temperatura global. De seguir las tendencias actuales de aumento, el horizonte para las próximas décadas podría ser el de desestabilizaciones a gran escala de la producción de alimentos o de los procesos climáticos. Por último,

y para nada menos importante, se vislumbra ya un horizonte de agotamiento de recursos minerales entre los que se incluirían los minerales fósiles. Éstos, utilizados en los últimos siglos como combustibles no renovables, han moldeado hasta tal punto nuestras sociedades que una escasez o desaparición de los mismos obligaría a reformular prácticamente todo: desde el transporte a la producción, pasando por la vivienda, la alimentación y por supuesto la producción de energía. Es precisamente la confluencia de estas tres crisis en los inicios de este s.XXI lo que apunta a que, con una enorme probabilidad, tendremos que enfrentarnos a grandes discontinuidades históricas que podrían tomar la forma de una barbarie como el mundo nunca ha conocido. Como suele decir Jorge Riechmann (2013), podríamos tener que enfrentarnos a un ecocidio, aquel descrito por los fenómenos anteriores fuera de control, que tendría como consecuencia un genocidio, es decir, la muerte de millones de seres humanos por los efectos negativos de todo lo anterior. Vemos pues que, sin haber resuelto todavía hasta que punto es justa la asociación entre campesinos y bárbaros, desde luego que es posible afirmar que el mundo «civilizado» que se ha constituido progresivamente durante los últimos tres siglos puede merecidamente obtener el calificativo de reino de la barbarie, una barbarie que ha llegado hasta el punto de poner entredicho la continuidad de la vida humana en la Tierra.

¿Y qué hay de los campesinos? ¿qué papel han jugado ellos en todo este proceso? Si miramos al momento actual podríamos decir que, dejando a un lado a las sociedades no occidentales y el impacto de la modernización sobre ellas, sin duda alguna los campesinos occidentales han sido la víctima colateral más importante del devenir del mundo en los últimos siglos. Y es así porque se puede defender que la historia de la modernización, la materialización de este progreso regresivo del que venimos hablando, es la historia de la lucha permanente contra la especificidad y la materialidad de un mundo campesino que finalmente terminó por sufrir un etnocidio casi total. Y es una historia larga, que se remonta al menos hasta el s. XVII. Sería complejo desengranar aquí los diferentes análisis que han tratado de dar cuenta tanto de la naturaleza más íntima de la modernidad como de su desarrollo material concreto. De entre todos estos relatos me interesan especialmente aquellos que piensan este proceso en relación con la difusión a gran escala de máquinas y, más importante, de una racionalidad técnica, instrumental o impersonal en el seno de las sociedades. Y me interesan porque estos análisis incorporan en su dinámica una progresiva erosión del mundo campesino preindustrial y de sus valores. Sin embargo, soy consciente de que otras claves interpretativas, tales como la del nacimiento y extensión del capitalismo, son complementos inexcusables a la hora de reflexionar sobre esta cuestión.

Uno de estos relatos es el elaborado en los últimos años por Aurélien Berlan. Para éste, las formas modernas de dominación se pueden caracterizar como ***impersonales o sistémicas***, por oposición a las formas tradicionales de dominación que algunos individuos ejercían a título personal. Esta idea es relativamente clásica y se encuentra también en Marx, en sus reflexiones sobre el fetichismo de la mercancía -que hace que las relaciones sociales tomen la forma de relaciones entre cosas- y sobre la alienación -en el sentido de que los humanos son dominados por las fuerzas impersonales resultado de la coagulación de su propia actividad-. También se encuentra en Max Weber, para el que la forma típicamente moderna de dominación, la dominación burocrática, se define como impersonal en el sentido de que se ejerce ***sin tener en cuenta a la persona.*** De hecho, esta idea atraviesa todos los análisis en torno a la reificación, desde Lukács a Marcuse pasando por Adorno.

En su obra ***La fabrique des derniers hommes. Retour sur le présent avec Weber, Simmel et Tönnies***, Berlan (2012) retoma los diagnósticos de los primeros sociólogos alemanes que caracterizaron el impacto del proceso industrializador actualizándolos. En concreto lo relativo a la instauración de las formas burocráticas (Weber), la monetarización y mercantilización de la vida social y económica (Simmel) y la disolución de las comunidades naturales (Tönnies). La conclusión de su análisis es pues que, conceptos como dominación impersonal, fetichismo, reificación o alienación permiten pensar las formas de dominación que caracterizan la edad moderna que se manifiestan bajo la forma de restricciones sistémicas -la competencia en el mercado- y organizativas -empresas privadas, administraciones públicas, instituciones internacionales- en las que tanto los individuos como los

pueblos están atrapados. Y de hecho es precisamente en el progresivo proceso de ***impersonalización*** en el que Berlan identifica la disolución de los elementos característicos del mundo campesino, ejemplo paradigmático de relaciones en las que la persona ocupa un lugar central. Las comunidades naturales -familia, pueblo, región- que vertebran la organización social campesina, los intercambios no monetarizados y las formas directas de organización y relación desaparecen a la par que se profundiza en el proceso de industrialización.

El análisis de Jacques Ellul (2003, 2012a, 2012b) tiene también muchas similitudes con el anterior. Para éste se puede hacer una suerte de paralelismo entre modernización y progresiva extensión y articulación en forma de sistema de una cierta racionalidad técnica. Ésta habría aparecido como reacción a la extensión de la máquina en las sociedades inglesa y francesa del s.XVIII. En su dinámica, la técnica funcionaría extendiendo la lógica basada en la eficiencia de lo maquínico a diferentes ámbitos como lo económico, lo político, lo social e incluso lo humano en un sentido más amplio. De hecho, para Ellul el movimiento de la técnica adquiere una cierta autonomía entendida como un dinamismo en principio impersonal y fundamentalmente no dependiente de la voluntad humana -aunque sí de su mediación- que se articularía en la forma de un Sistema Técnico tejido con una superposición no separable de diferentes estratos y procedimientos técnicos. Es decir, ya que la aparición de una nueva realidad técnica en la sociedad tiene consecuencias positivas y negativas y la solución técnica se convierte en la única posible por su mayor eficacia, se construyen cadenas de procedimientos técnicos entrelazadas de tal modo que ningún eslabón es separable del grueso del sistema sin que éste se desplome por completo.

Además, desde la perspectiva de Ellul, la técnica se opondría precisamente a lo natural y lo espontáneo, características del mundo rural preindustrial. Donde los campesinos tenían una relación directa con el mundo natural nosotros tenemos una interacción con un ambiente artificializado y una mediación técnica imprescindible con el mismo. Mientras que el mundo rural tenía como base las relaciones espontáneas de tipo familiar o comunitario nosotros tenemos un Estado Técnico burocrático que se alza como instancia mediadora que racionaliza la dinámica social, además de una serie de técnicas humanas como la propaganda o la comunicación medida por lo digital. Y donde antes aparecía una cierta economía de subsistencia basada fundamentalmente en la producción agrícola, el pequeño artesanado y los bienes comunitarios no mercantilizados, el mundo industrial coloca una agricultura mecanizada, una división y racionalización del trabajo, la propiedad privada y un gran mercado financiarizado que controla el destino de las economías mundiales.

No me detendré demasiado en el análisis de Marx, me limito a señalar las notables similitudes entre éste y los anteriores pensadores en aspectos como la disolución de los bienes comunales en el proceso de acumulación primitiva, la disolución de las comunidades naturales campesinas que pasan a engrosar las filas del naciente proletariado industrial de las ciudades decimonónicas o la invasión de cada vez más ámbitos de la sociedad por la dinámica fetichista de la mercancía.

En resumen, si atendemos a estos y otros análisis similares se podría llegar a la conclusión de que, en su desarrollo, la modernidad -ya sea entendida como capitalismo, como Sistema Técnico, como Ilustración o como extensión de las dinámicas impersonales sin sujeto- ha necesitado parasitar el cuerpo social del mundo rural para poder construir su propia maquinaria de muerte. Es decir, que los campesinos habrían sido las víctimas sacrificiales del nacimiento y la extensión de la barbarie contemporánea.

Además, a diferencia de como se tiende a presentarlo desde ciertos relatos históricos marcados por el mito del progreso, desde mi punto de vista este proceso de expropiación y desarticulación no fue ni natural ni espontáneo. Frente a aquellos que pretendían acabar con sus formas de vida, las comunidades campesinas desde España a Rusia y de Italia a Inglaterra fueron protagonistas de levantamientos, revueltas y motines: la revuelta de los Segadors en Cataluña (1640), el levantamiento de los cosacos liderados por Stenka Razin (1661-1671), los motines en contra de la ley general de cercamientos en Inglaterra (1760), las revueltas campesinas en Francia durante la Revolución y los años posteriores (1792-1793), la revuelta campesina del Capitán Swing en el sureste de Inglaterra (1830), las revueltas de la Mano Negra en Cádiz (1881-1882) o las colectivizaciones agrarias durante la Guerra Civil Española (1936-1939) son sólo unos pocos ejemplos de una larga lista que salpica los siglos XVII, XVIII, XIX y XX (Badal, 2014: 72-74). Sin duda parte de estos movimientos tuvieron también como objeto aquellas partes de la realidad campesina que se sentían como opresivas y que por tanto se pretendían superar: ciertas formas de servidumbre, un nivel no desdeñable de miseria material, desigualdades en el acceso a la riqueza y en las propiedades en el seno de las comunidades, etc. Es decir, no es mi intención afirmar que el mundo campesino en bloque, realidad históricamente poco sostenible si atendemos a las enormes y muy significativas diferencias que existían en dichas comunidades, tuviera una conciencia de sí mismo y de sus antagonistas y de forma consciente articulara una defensa. Más bien pretendo sostener que los procesos que culminarían en los años 60 en la desaparición definitiva del campesinado en los países europeos periféricos -y que a día de hoy atacan al mundo rural de los países no occidentales- no fueron ni espontáneos ni bien recibidos -al menos en su momento inicial, más adelante hablaré de un cierto espacio ambiguo en la actualidad-, llevaron más bien parejos una dosis de resistencia nada desdeñable. También en el ámbito intelectual y literario la sensibilidad antimoderna se alzó como una suerte de resistencia e impregnó las obras de poetas -por ejemplo los poetas románticos ingleses como Byron o Shelley-, literatos -Thoreau y Emerson en los EEUU de mediados del s.XIX-, revolucionarios -William Morris, Kropotkin o Landauer-, diseñadores y artistas -los prerrafaelitas- o historiadores -Lewis Mumford-.

Pero no todas las luchas tuvieron un carácter defensivo. En un gran número de casos lo que se pretendía era reforzar y defender un modo de vida propio frente a lo que se percibían como abusos exteriores o desigualdades

en el interior. Esa especificidad era tal en todos los ámbitos. Por ejemplo, en lo económico, Aleksandr Vasílievich Chayánov, uno de los protagonistas de la revolución soviética del 17, defendió que el modo campesino de producción tiene sus propias leyes económicas y que era una tarea todavía no realizada por la teoría marxista descubrirlas y formularlas. Frente a una posición mayoritaria que entendía que el único camino posible hacia el socialismo era la desaparición del mundo preindustrial en toda geografía, Chayánov construyó un sistema teórico que se conocería como ***Agronomía social*** en el que, en línea con las reflexiones del Marx tardío y su aceptación de la posibilidad de socialismos que no siguieran el proceso histórico del caso inglés, tomó a la comuna aldeana como base de una organización social constituida por cooperativas modernas, pequeñas asociaciones de campesinos que se convertirían en núcleos de una democracia de base. Un posicionamiento por otro lado no muy alejado de propuestas como la de Kropotkin, Landauer o, ya en el s. XX, Bookchin. Sin embargo, su reflexión no se agotó en este punto y defendió que al campesinado venía asociado un modo de producción específico y diferenciado del resto (Chayánov, 1925). El núcleo de éste no sería la búsqueda de beneficio o la expansión competitiva, sino más bien la consecución de la supervivencia, la reproducción social. Es decir, el trabajo en el modo de producción campesino no vendría mediado por un salario o una intención de lucro, sino que más bien se articularía en torno a unidades familiares en las cuales el cobro se realizaría en especie y se determinaría tomando como referencia el grado de satisfacción de las necesidades. La esfera productiva y la reproductiva aparecen pues totalmente imbricadas, dando lugar a la búsqueda de un equilibrio entre la satisfacción de las necesidades y la fatiga y la dureza del trabajo.

De igual modo la existencia y el mantenimiento de bienes comunitarios o bienes comunes era central en el mundo preindustrial. No me detendré mucho en esta cuestión porque gracias a los trabajos de Ostrom (2011) y a la recuperación de esta figura en algunas propuestas políticas contemporáneas ésta es hoy bien conocida en nuestro contexto intelectual. Tan sólo señalaré que, en línea con las características que Chayánov atribuyó al modo de producción campesino, por su especial importancia para la reproducción social de los grupos familiares -pensemos que dentro de esta categoría se solía incluir leña para calentarse, agua, pastos, etc.- los bienes comunes funcionaban como recursos de propiedad colectiva y acceso libre regulados por las normativas comunitarias. De este modo la reproducción social del grueso de la comunidad quedaba salvaguardada y gran parte de las necesidades básicas podían cubrirse al margen de cualquier intercambio o proceso productivo. Además, las regulaciones del derecho de costumbre aseguraban en la mayoría de los casos una sostenibilidad ecológica de dichos bienes a lo largo de las generaciones.

Esta autonomía material encarnada en la figura de los bienes comunes era en realidad central en el mundo rural preindustrial. Leemos en el artículo ***Bienes comunales y conflictos por los recursos en las sociedades rurales, siglos XIX y XX*** que efectivamente,

> las comunidades locales poseían, en tanto que núcleos básicos de la organización de la sociedad rural, amplias competencias sobre todos los factores productivos. Poseían grandes cantidades del factor decisivo, la tierra, en propiedad o administración (propios y comunales) y regulaban el funcionamiento de muchos otros aspectos de la producción. (González y Ortega, 2000: 102)

Es más, a su trabajo sobre la tierra se unía una extensión mayoritaria de un artesanado que se encargaba de, a pequeña escala, producir algunos de los elementos fundamentales para la vida: ropa, zapatos, muebles, pequeñas herramientas, etc. Son numerosas las crónicas en las que los campesinos, identificados con esta forma de trabajo, no dudaban en tachar al trabajo asalariado de ***bestialidad cercana a la esclavitud,*** lo que en gran medida da cuenta de cómo de tremenda tuvo que ser la desarticulación de su mundo social para que

grandes masas de campesinos acabaran desplazándose a los pujantes centros fabriles en el primer periodo del proceso industrializador. Una referencia interesante para ilustrar la brutalidad de los procesos históricos a los que hago referencia y conectarlos con el nacimiento del Capitalismo transatlántico es el trabajo de Linebaugh y Rediker (2005).

La otra cara de esta autonomía material era el profundo conocimiento que a lo largo de siglos los campesinos fueron acumulando sobre su entorno. Los largos procesos de coevolución entre ecosistemas agrarios y culturas campesinas hicieron a éstas salvaguarda de un acervo de saberes que, atendiendo a las clasificaciones contemporáneas, abarcarían la astronomía, la meteorología, la geología, la ecología, la botánica, la agronomía, la fisiología, la geografía o la medicina entre otras. La particularidad de este conocer era que se encontraba limitado a los márgenes del territorio propio, del lugar donde quedaba enclavada la comunidad. Y gracias a este conocimiento, los campesinos se embarcaron en un modo de producción que, a diferencia de lo que sucede hoy con la agricultura industrial, era capaz de asegurar su reproducción sin poner en entredicho la sostenibilidad del entorno en el que se situaba. Podríamos pues hablar de una apropiación de la naturaleza capaz de mantenerse en el tiempo. Pero la relación de los campesinos con el territorio no era pasiva, desde su conocimiento se convirtieron en activos demiurgos de ecosistemas que no sólo aprovecharon la diversidad biológica, sino que la impulsaron para generar procesos agrícolas más flexibles, variados y eficientes al adaptarse a las condiciones ambientales.

En lo social-organizativo sin duda la realidad hegemónica del mundo rural fue, y es todavía en otras latitudes, un estricto orden comunitario. Allí la comunidad se daba como un a priori:

> la comunidad no era fruto de un consenso. [...] La comunidad era todo lo contrario. Era un entendimiento tácito que precedía a todos los acuerdos y desacuerdos. No era un logro sino un punto de partida. Un sentimiento recíproco vinculante que mantenía a sus miembros esencialmente unidos a pesar de todos los factores de separación (Badal, 2014: 176).

Como decíamos, casi cualquier ámbito de la vida tenía que pasar por las regulaciones, habitualmente consuetudinarias, de la comunidad. Algunos ejemplos de ello eran el concejo abierto como lugar de toma de decisiones, las figuras de trabajo colectivo arraigadas en la idea del apoyo mutuo -auzolan, hacenderas, a torna llom-; pero también aspectos simbólicos como las fiestas, el reparto de justicia o los rituales religiosos.

El mundo rural era además un mundo eminentemente oral, realidad que lo atravesaba y configuraba de manera muy particular. A día de hoy existen estudios que han trazado una caracterización muy completa de las culturas orales como radicalmente heterogéneas a aquellas en las que la escritura se alza como mediadora social, por ejemplo el de Ong (2002). Aunque sería demasiado extenso entrar en detalles sí que merece la pena señalar algunas de estas característica en conexión con la naturaleza del mundo campesino. Por ejemplo, en las sociedades orales la memoria como vehículo privilegiado del saber juega un papel crucial. Saber en este contexto es sinónimo de poder conocer de memoria, de ahí que el aprendizaje sea más bien práctico y orientado a la memorización e interiorización del conocimiento necesario para la supervivencia. Un ejemplo notable serían las fórmulas convencionales como refranes o dichos que constituyen herramientas clave de transmisión del conocimiento entre generaciones. También una cierta noción de geografía bautizada que asociaba nombres específicos a todos los elementos del entorno como una forma de controlarlo y poder utilizarlo en la tarea de reproducción social.

Es también característico de las sociedades orales un conocimiento concreto, casi físico, de la realidad. Lejos de los sistemas abstractos o las grandes generalizaciones, en los saberes campesinos el cuerpo y sus dimensiones actuaban como elementos mediadores. Se podría decir que de alguna manera el conocimiento se sentía y no sólo se sabía. Por ejemplo, medidas como la pulgada, el pie o la brazada son representaciones de esta referencialidad

al cuerpo como patrón y mediador. De lo anterior también se desprendía un profundo carácter localista en los saberes. Circunscrito al territorio propio y limitado por la experiencia individual del que conocía -apoyada, claro, en la memoria comunitaria-, el conocimiento campesino no tenía ninguna pretensión sistematizadora. Se sabía limitado y encarnado, y como mucho se compartía formando una constelación de verdades personales que confluían pero no se confundían en determinado territorio.

Por tanto, a la vista de lo anterior se podría concluir que frente a la visión hegemónica que ha asimilado campesino a bárbaro lo cierto es que éste fue el arquitecto de una forma de civilización propia. Así lo expresa Marc Badal en una cita algo extensa que me permito el lujo de reproducir:

> Los campesinos han morado la tierra civilizándola. Vivimos en el mundo que crearon. No podemos dar un solo paso sin pisar el resultado de su trabajo. Tampoco abrir los ojos sin ver el trazo de su huella. Una obra que es todo lo que nos rodea. Todo aquello que pensamos que es tan nuestro por el hecho de estar ahí. De toda la vida. Los bosques de castaños y las praderas. Los senderos y los puentes. Pero no es solo el desconocimiento el que nos hace ser tan ingratos. A los campesinos se les pasó por alto un pequeño detalle. Olvidaron reivindicar su autoría.
>
> A diferencia de los canteros que tallaron las piedras de las grandes iglesias, los campesinos no firmaban sus trabajos. La suya es una creación que nos llega de forma anónima. Lo cual no significa que lo fuera en el momento de su materialización.
>
> Tal vez no creyeron necesario explicarle a la posteridad quién había levantado aquel muro de piedra seca. Quién había roturado el bosque para que pastaran las ovejas. Probablemente ni se lo plantearon. Todos los que vivían en ese momento sabían perfectamente quién había realizado el trabajo. Habían visto como lo hacía y además llevaba grabada su impronta. La memoria se encargaría del resto. Las siguientes generaciones evocarían el recuerdo del bisabuelo cada vez que pasaran por aquel camino empedrado o cuando en otoño recogieran las nueves del gran nogal de casa.
>
> La memoria se ha roto. Ha perdido el mundo que la engendró. El mundo al que ella daba coherencia. Los nietos de los campesinos viven en la ciudad y no recuerdan nada. O viven todavía en el pueblo y lo han olvidado casi todo.
>
> Miramos alrededor y no reconocemos la mano de nuestros bisabuelos. (Badal, 2014: 143-144).

Es más, en un momento como en el actual en el que nuestros modos de vida son cada vez más claramente la antesala de una barbarie generalizada el modo de vida que caracterizó a los campesinos se perfila más bien como la alternativa posible, la salida civilizada a las nubes negras que se alzan frente a nosotros. Sin embargo nuestra memoria se ha roto porque, pese a su prolongada y enconada resistencia, el mundo campesino finalmente sucumbió ante el insistente envite de una modernidad que no estaba dispuesta a tolerar por más tiempo a su particular enemigo interior.

Muchos han sido los análisis que han dado cuenta de lo sucedido a mediados del pasado siglo, pero casi todos coinciden en señalar que el nacimiento y la extensión de las sociedades del bienestar o las sociedades de masas tuvieron como resultado que finalmente el campesinado se integrara en la corriente de la civilización, cerrando la brecha interna que había caracterizado al grueso de las sociedades europeas hasta ese momento. Y

aquí resulta interesante no ser ingenuos y no interpretar este fenómeno exclusivamente como una imposición forzada. Desde luego que grandes cambios estructurales como la extensión de los medios de comunicación de masas, el crecimiento de las ciudades o la aparición y generalización de un entramado asistencial estatal fueron elementos centrales en la vigorosidad y rapidez de este proceso. Podemos por ejemplo repasar el desgarrador testimonio del Pasolini (2009, 2010) corsario y luterano que, bajo la fórmula de ***la desaparición de las luciérnagas***, se embarcó en una crítica constante de la aterradora homogeneización de las formas de vida y de

las expresiones culturales como el lenguaje en los entornos rurales y en el mismo interior de las ciudades -que anteriormente presentaban divisiones muy fuertes entre los barrios céntricos y periféricos-. Para Pasolini esta ***gran transformación antropológica*** arrastró consigo siglos de una ética propia de los desposeídos, en su opinión estoico-epicúrea, para producir un consenso generalizado con los valores, deseos y formas de vida de las clases dominantes. Es verdad que resulta dificultoso localizar en su análisis una respuesta a la pregunta sobre el por qué, sobre el origen de este gran movimiento. Sin embargo como testimonio y descripción del cómo, las páginas de Pasolini son insustituibles.

Como decía, en cualquier caso sería un error pensar que no hubo una gran dosis de voluntariedad, incluso entusiasmo, en esta aculturación o etnocidio del campesinado. Por mucho que a día de hoy podamos denunciar nuestro mundo industrial como alienado y alienante, vacío e irracional, lo cierto es que nuestros abuelos y padres abandonaron sus pueblos o transformaron sus barrios para construirlo. Y aquí es prioritario atender a lo que había de opresivo en las comunidades rurales. Por ejemplo otro italiano, Ignacio Silone, nos habla en su obra ***Salida de urgencia*** (Silone, 1969) de cómo muchas personas acudieron a las ciudades atraídas por la posibilidad de un anonimato casi imposible en las tupidas redes de la comunidad aldeana o simplemente por mor de un aumento del nivel de vida material. Es más, pese a que reconoce la importancia de las críticas a lo alienante, burocrático y pasivo que hay en las sociedades del bienestar, advierte de que sería peligroso subestimar el grado de penuria que existía en un mundo sin leyes asistenciales o seguridad social. En sus palabras «no conviene dejarse engañar por cierta retórica sobre la pobreza que es una de las formas más odiosas de la mentira social» (Silone, 1969: 296). O de forma más directa: «Ninguna acusación contra los inconvenientes del bienestar podrá nunca hacer añorar la miseria a quien tenga de ella alguna experiencia y alguna noción» (Silone, 1969: 294). Aunque no me extenderé más en este punto, si que querría compartir mi sospecha de que quizá no deberíamos perder de vista que gran parte de esta miseria y desprotección de la que Silone habla es resultado de una desestructuración previa de comunidades campesinas que en el pasado podrían haber sido garante del tipo de coberturas delegadas hoy en las estructuras burocrático estatales y, cada vez más, en el mercado.

Más allá de la naturaleza concreta del proceso, lo que podemos afirmar sin demasiado miedo a equivocarnos es que el etnocidio del campesinado tomó la forma de un ***cierre modernizador*** que consolidó un modo de vida urbano, artificial, motorizado, y consumista, al tiempo que deshacía las parcelas de autonomía material y simbólica: se pasaba a delegar en el Estado y en el Mercado la obtención de los bienes básicos que necesita cualquier ser humano -cobijo, alimento, cuidado, salud, educación, cultura, ocio-, transformados, bien en mercancías a las que únicamente se puede acceder a través del trabajo asalariado y del dinero, bien en servicios y asistencias suministrados por la maquinaria administrativa del Estado. Es decir, que fue la antesala de una barbarie vigorosa que desde entonces no ha dejado de extenderse sin nada que sea capaz de frenarla.La satisfacción de nuestras necesidades más elementales pasó a requerir por completo la mediación tecnológica y burocrática. Usando una incisiva imagen de Ellul, lo que en un momento dado había constituido un ***caparazón*** para las comunidades humanas, terminó por transformarse en un ***esqueleto*** que vertebraba todo el cuerpo social.

Y es precisamente este punto el que nos obliga a reflexionar sobre cuáles son las implicaciones del análisis precedente para una reflexión contemporánea en torno a la emancipación humana, en que sentido podríamos materializar esa idea del modo de vida campesino como alternativa civilizada a nuestro mundo. Y es que si mantenemos posturas clásicas como el comunismo o el anarquismo sin pensar en la enorme transformación que ha sufrido nuestra cultura material corremos el riesgo de pasar por alto lo más importante. Y esto es así porque en el momento en que estos movimientos se formularon y extendieron el foco de atención se puso en una autonomía frente a organismos como el Estado o las opresivas leyes económicas, partiendo del supuesto de que una desaparición de los mismos traería pareja la posibilidad de una vida libre. Sin embargo, en esta limitación de los objetivos jugaba un papel fundamental el hecho de que la autonomía material de estos grupos humanos era ya un hecho, un dato inicial en la ecuación. Ahora, cuando varios siglos de una concepción dominante de

la libertad que ha identificado esta con una liberación progresiva de casi todo -las comunidades naturales, las imposiciones de la naturaleza,etc- nos ha situado en un escenario en que casi todos los aspectos de nuestras vidas han sido expropiados por instancias impersonales, es prioritario que trabajemos por una libertad que más bien se reivindique como autonomía. Y para esto resulta prioritario comenzar precisamente por recuperar la autonomía material perdida, aquella que fue característica de todas las comunidades rurales, como condición de posibilidad de casi cualquier otra transformación. Es en ese sentido en el que podemos mirar al campesinado atendiendo al consejo que nos lanzaban Los Amigos de Ludd en su boletín nº4:

> Desde nuestra perspectiva actual no tendría sentido que lamentásemos la destrucción de una época anterior cuya recreación exacta, de todas formas, no es ni posible ni deseable. Pero empezamos a pensar que el primer paso hacia la ***reapropiación*** del control sobre nuestras vidas tiene que ver con la comprensión libre de prejuicios de las formas históricas que nos precedieron. En ese sentido sí podemos decir que la ***reapropiación*** «saca su poesía del pasado», o al menos de su reconocimiento sensible. (Amigos de Ludd, 2004: 2)

Por tanto, si dejamos atrás la mitología del progreso y renunciamos a toda teoría de la historia que presente la emancipación humana como un producto inevitable del avance de nuestra civilización estaremos en la posición de articular una acción política en torno a dos conceptos clave: la resistencia y la deserción. Por un lado resistencia concreta a los avances de nuestro mundo, a la invasión de cada vez más ámbitos y territorios por su dinámica ciega. Una resistencia a la ***barbarie civilizada*** contemporánea. Una resistencia tanto exterior -en la forma de sabotajes o defensas concretas del territorio- como interior -tratando de mantener una libertad de conciencia frente a la invasión de una mercantilización que ya se extiende a los deseos, el consumo, el futuro-. Y por otro lado, y de aquí la importancia de un conocimiento certero de qué fue el mundo campesino, una deserción entendida más bien como escenario de una reconstitución concreta de nuestra autonomía material y política. Es decir, la construcción de una nueva civilización a partir de los modos de vida de aquellos que la historia condenó a ser bárbaros, aquél enemigo interior finalmente doblegado. Esta reconstrucción por supuesto se sabe conflictiva -por acosada por el grueso de las dinámicas exteriores- y a priori limitada sin un contagio que la generalice -ya que su mera existencia no puede ser garante de la desactivación de las dinámicas sistémicas que producen hoy el grueso de nuestros problemas-. En conclusión, frente al augurio de una barbarie generalizada el mandato debería ser el de recuperar lo que hubo de civilizado en el mundo campesino para poder finalmente materializar nuestra aspiración a una emancipación humana en nuestro planeta. El éxito no está asegurado pero, ¿acaso lo ha estado alguna vez?

BIBLIOGRAFÍA

- BADAL, Marc (2014). ***Vidas a la intemperie***. Notas preliminares sobre el campesinado. Madrid: Ediciones Campo Adentro.
- BERLAN, Aurélien (2012). ***La fabrique des derniers hommes. Retour sur le présent avec Weber, Simmel et Tönnies.*** Paris: La Découverte.
- CHAYÁNOV, Aleksandr V. (1985). ***La organización de la unidad económica campesina***. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- DE MONTAIGNE, Michel (2004). ***Ensayos completos***. Madrid: Cátedra.
- ELLUL, Jacques (2003). ***La edad de la Técnica.*** Barcelona: Octaedro.
- ELLUL, Jacques (2012a). ***Le système technicien***. París: Le Cherche midi.
- ELLUL, Jacques (2012b). ***Le bluff technologique.*** París: Hachette.
- FERNÁNDEZ, Francisco (1995). ***La barbarie de ellos y de los nuestros.*** Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- FERNÁNDEZ, Francisco (2005). "Tres notas sobre civilización y barbarie". Consultado el 15 de marzo de 2016, Revista electrónica ***La insignia***, en HYPERLINK "http://www.upf.edu/materials/polietica/ _ img/int5.pdf"http://www.upf.edu/materials/polietica/ _ img/int5.pdf
- GONZÁLEZ, Manuel y ORTEGA, Antonio (2000). "Bienes comunes y conflictos por los recursos en las sociedades rurales, siglos XIX y XX". ***Historia social***, 38, pp. 95-116.
- HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W. (2009). ***Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos.*** Madrid: Trotta.
- LINEBAUGH, Peter y REDIKER, Marcus. (2005). ***La hidra de la revolución.*** Barcelona: Crítica.
- ONG, Walter. (2002). ***Oralidad y escritura.*** México: Fondo de Cultura Económica.
- LOS AMIGOS DE LUDD. (2004). ***Los amigos de Ludd, boletín nº4***. Madrid: Autoedición.
- OSTROM, Elinor. (2011). ***El gobierno de los Bienes Comunes.*** México: Fondo de Cultura Económica.
- PASOLINI, Pier Paolo. (2009). ***Escritos corsarios.*** Madrid: Oriente y Mediterráneo.
- PASOLINI, Pier Paolo. (2010). ***Cartas luteranas.*** Madrid: Trotta.
- RIECHMANN, Jorge. (2013). ***El siglo de la Gran Prueba.*** Tenerife: Baile del Sol.
- SILONE, Ignazio. (1969). ***Salida de urgencia.*** Madrid: Revista de Occidente.

☞ **Adrián Almazán Gómez**

Es licenciado en Física y doctor en Filosofía,miembro de Ecologistas en Acción y del colectivo de reflexión autónoma La Torna. Ha centrado su trabajo en el estudio de la tecnología como fenómeno sociopolítico, en la crisis socioecológica contemporánea y el papel del mundo rural en una salida emancipadora de la misma. Ha publicado artículos en libros colectivos y, actualmente, se encuentra en la fase final de redacción de un libro sobre una nueva ruralidad como alternativa civilizatoria.

Mundo clausurado. Monocultivo y artificialización[1]

Marc Badal

Cuando despertamos, el pasado ya no estaba allí.

Sin darnos cuenta, hemos sido arrojados a un presente continuo que se agota en sí mismo. Desde entonces, ya no podemos sentir como propio lo que ocurrió anteriormente; ni siquiera llegar a concebir que verdaderamente algo ha ocurrido. La única concesión de una contemporaneidad llevada a sus límites es el pretérito perfecto, una conjugación de la realidad que no deja de ser presente. Un constante bombardeo de novedades nos obliga a no perder en ningún momento la concentración. Seguir el paso es prioritario cuando la coreografía reiterativa que marca nuestros movimientos se convierte en una sucesión perpetua de pequeñas variaciones. El esfuerzo por no quedar atrás es agotador y anula cualquier intento de valoración o de proyección.

El futuro es también estrictamente inmediato. Si levantamos demasiado la mirada, las incógnitas que entran en juego adquieren una dimensión inabordable. No existe álgebra capaz de resolver las ecuaciones que permiten anticipar los escenarios del mañana; si bien es cierto que, ante un horizonte innavegable, poco importa el momento exacto del naufragio.

La única constante que comparten todas las épocas de la historia es la creencia en su singularidad. Mera cuestión de perspectiva. También ahora reivindicamos esta condición y no albergamos ninguna duda al respecto. Vivimos un tiempo nuevo. O mejor dicho, asistimos a los primeros estadíos de un mundo en gestación.

No hay nada más propio de la infancia que esta incapacidad para escapar a lo inmediato. Durante los primeros años, el tiempo de los niños es ajeno a nociones como el *antes* y el *después*. Su metabolismo, como el de nuestra sociedad, opera con una intensidad que lo encierra todo en el presente. Los conceptos adaptativos, en un contexto que ha prescindido de sus frenos de emergencia, remiten al campo semántico de lo incipiente: emprendedor, emergente, última generación, nueva versión... La experiencia es un valor a la baja si lo único necesario para medrar son la voracidad y los buenos reflejos. Nuestros viejos han dejado de ser sabios porque ya nadie acude a ellos en busca de consejo y no tienen más remedio que ponerse a estudiar informática o a recibir clases de baile: también ellos quieren disfrutar de nuestra adolescencia prolongada. La pubertad no entraña ningún rito de paso para unos niños *adulterados* que, en vano, intentan saciar su necesidad de entretenimiento con los mismos juguetes que distraen a sus hijos. El objetivo prioritario es no detenerse ni un instante. Vivimos

al filo de nuestra propia fecha de caducidad y tal vez por esto el precio que ofrecemos al vendernos siempre viene con descuento.

El ritmo al que se actualiza el presente suprime las condiciones de posibilidad para una obsolescencia programada, pues toda previsión se ve irremisiblemente superada. Desde hace un tiempo, la obsolescencia es simplemente sobrevenida. La novedad constituye el único mecanismo capaz de seguir cebando un mercado sobresaturado: el relato más eficaz para diferenciarse cuando la estandarización acalla cualquier intento de significación. Si la tasa de crecimiento no puede desacelerarse, tampoco puede hacerlo la cadencia con la que aparecen versiones mejoradas o productos inéditos; sin embargo, cuando la renovación exigida por los consejos de administración supera claramente los plazos que necesitan los departamentos técnicos para certificar una mínima fiabilidad, el resultado es que los prototipos acaban siendo testados una vez han sido lanzados al mercado. Vivimos rodeados de bocetos en una fase experimental permanente: el terrorismo como ensayo de movilización total en un cuerpo social adormecido; la emisión de imágenes animadas como ensayo, precisamente, de sedación emocional colectiva; la conexión ininterrumpida como ensayo de erradicación sistemática de toda comunicación, etc.

Las metáforas que intentaban explicar el mundo de nuestros padres han envejecido con ellos. Incluso las más rentables en los feudos académicos. Imágenes como la del panóptico o el campo de concentración han perdido su capacidad heurística por la simple razón de que evocan la idea de algo concluido; lo cual resulta incomprensible en un contexto que ya no permite culminar ningún proyecto de esta envergadura. En el presente continuo reina la provisionalidad y las hipótesis no contrastadas. Las prisiones, por supuesto, siguen ahí, pero la realidad ya no languidece bajo la sombra de sus muros. En una sociedad mutante, la institución que vela por el mantenimiento de cierto orden debe ser tan flexible como el resto de elementos que la conforman. La segregación de la desobediencia en un entorno petrificado como la cárcel no tiene sentido e incluso es peligrosa cuando todo es integración y dinamización. La oscuridad sofocante del Estado represor se diluye con la pura transparencia de la participación obligatoria. En esta situación, el confinamiento sólo puede garantizarse en un entorno diseñado para la exploración y la puesta a punto de nuevas formas de dominación inclusiva que requieren ser revisadas constantemente; el espacio higienizado de un laboratorio donde la monitorización y la anticipación perfilan los márgenes de lo posible en este experimento a escala planetaria.

La ley universal de la gravitación social establece un movimiento centrífugo enfurecido que expulsa hacia los márgenes a quienes no logran mantener el equilibrio. La agitación se ha impuesto como forma de estar en el mundo, lo cual explica por qué la flexibilidad es la única estrategia de supervivencia. Del futuro no podemos esperar nada diferente cuando la sobreproducción de novedades constituye la esencia de nuestro presente: cualquier anhelo revolucionario queda desarticulado ante la evidencia de que no existe ningún orden estable que pueda subvertirse.

El patrón que rige este discurrir frenético no es otro que el de ciertos ecosistemas heterotróficos. Cuando el viento rompe la rama de un árbol, se activa un proceso de descomposición en el que participarán distintas especies de bacterias, hongos, insectos y otros invertebrados. A medida que los tejidos vegetales se degradan, las distintas especies se van sucediendo en lo que podría definirse como una carrera de relevos cuya meta es el agotamiento de la fuente que nutre este ecosistema efímero.

Existen ejemplos bastante más escatológicos que, tal vez, son los adecuados para reflexionar sobre nuestro metabolismo social, pero, en cualquier caso, lo que comparten todos los procesos de degradación de la materia orgánica es la competencia feroz por unos recursos limitados y la dependencia de una base energética no renovable. Así podríamos narrar la crónica apresurada de nuestro paso por la vida: una huida desesperada hacia adelante que transcurre sobre el cadáver de un entorno en descomposición.

Lo que nos diferencia de los seres que medran en aquel trozo de madera es que los restos finales de nuestra actividad digestiva, lejos de incorporarse al estrato fértil del suelo, suponen un escollo insuperable para la reproducción de la vida. La nuestra es una intervención que no cierra los ciclos sino que los desgarra. Nuestra condición animal nos define como seres heterótrofos, puesto que sólo los vegetales son capaces de aprovechar la energía solar para crear vida a partir de lo inorgánico. Sin embargo, la aparición de la agricultura transformó el metabolismo de las sociedades en un ecosistema autotrófico que encontró la manera de generar la energía necesaria para mantener sus constantes vitales.

Desde entonces, la historia ha transcurrido en un diálogo permanente entre las dos esferas que el sofisma cartesiano acabaría segregando para siempre. Aunque la actividad agraria implicaba un punto de inflexión en la apropiación de la naturaleza, el cambio iba mucho más allá de lo meramente cuantitativo. La domesticación de la vida silvestre creó un nuevo tipo de ecosistemas mantenidos en un estadio incipiente de su sucesión. Construcciones que al romper la barrera entre lo cultural y lo natural suponen uno de los puntos culminantes de la creatividad humana, pues, a diferencia de la ciencia y del arte, la agricultura campesina no necesita recurrir a la sala de disección para intentar comprender y representar la realidad. Los pueblos campesinos han hecho del mundo nuestro hogar a través de una apropiación exhaustiva de la tierra. Han borrado del mapa aquello que desde hace unos siglos se conoce por *naturaleza*, lo cual no significa que lo hayan hecho poniendo en peligro la integridad de los ecosistemas bioculturales con los que han co-evolucionado. En los pequeños mundos campesinos no existe un afuera natural ajeno a la esfera social: todo cuanto rodea a la comunidad campesina le atañe y determina sus condiciones de vida.

Por mucho que la versión *new age* de la física cuántica se empeñe en demostrar la existencia de realidades paralelas, lo cierto es que resulta muy difícil ver las cosas desde un punto de vista distinto al que nos impone nuestra particular encrucijada espacio-temporal. Para un ucraniano de la primera mitad del siglo XX, la relevancia del Holocausto judío palidece ante lo que supuso el *Holodomor* de principios de los años treinta, del mismo modo que, para alguien del siglo XIV, el escenario apocalíptico que plantea una posible guerra nuclear hubiera sido

preferible a la amenaza mucho menos hipotética de la peste bubónica. Esta perspectiva necesariamente situada es la que explica por qué, si ahora salimos a la calle y preguntamos por los acontecimientos más significativos del siglo XX, nadie mencionará entre ellos la desaparición del campesinado.

Es comprensible que, viviendo en una sociedad que ha dado la espalda al campo, resulte complicado hacerse a la idea de que hasta hace cuatro días las actividades agrarias no sólo eran el denominador común del entramado social sino que representaban el puente entre el ámbito doméstico de los grupos humanos y su entorno ecológico. Las sociedades campesinas, de hecho, habitaban literalmente en este espacio de transición donde lo social y lo natural se confunden. Un lugar que fue demolido por la modernización agraria y entre cuyas ruinas la agricultura y la ganadería se transforman en algo absolutamente irreconocible. Es cierto que todavía ostentan el dudoso honor de ser las actividades humanas que más alteran la biosfera, pero en los espacios donde se lleva a cabo la producción industrial de alimentos, a diferencia de lo que ocurría en los agroecosistemas campesinos, la vida silvestre ya no es desplazada por un modo de existencia que, aun siendo domesticada, conserva la capacidad de reproducirse y mantenerse a sí misma.

A medida que lo agrario se hunde en la ciénaga de la artificialización, cualquier rastro de vida es desalojado quirúrgicamente del territorio. El mosaico agrícola-ganadero-forestal sobre el que reposaban los mundos campesinos ha sido reemplazado por un paisaje arruinado donde el ganado es engordado en pabellones de hormigón y los cultivos crecen ordenadamente sobre un sustrato inerte. La agricultura industrial está consumando la utopía empresarial al crear un modo de producción que apenas requiere la molesta presencia de trabajadores y en el que ningún cabo suelto altera el guion preestablecido de una secuencia liberada de cualquier tipo de acontecimiento. Todo rastro de alteridad queda asimilado en un monólogo sin contenidos que inevitablemente desemboca en una realidad muda.

A finales del siglo XVIII, el poeta Samuel Taylor Coleridge expresaba su estremecimiento ante la calma perturbadora de un paisaje rural inglés[2]. Es evidente que la quietud descrita por Coleridge residía exclusivamente en su mirada, pues ante aquella misma panorámica cualquier habitante del lugar hubiera percibido un vertiginoso torrente de señales y advertencias. Dos siglos más tarde, sin embargo, el poeta se enfrenta a un territorio verdaderamente estático que ya no le ofrece recursos literarios para evocar sus emociones más profundas. La transformación del modelo condiciona necesariamente su representación y, en este sentido, la industrialización agraria convierte en ridículo e incomprensible el tono amanerado de la lírica pastoril: el estruendo metálico del tractor quijotesco de Steinbeck ahoga el lejano eco de las campanas que en la llanura anunciaban la hora del ángelus.

Las páginas iniciales de *Las uvas de la ira* constituyen el retrato descarnado de un proceso que por aquel entonces todavía se hallaba en una fase incipiente[3]. A pesar de su innegable lucidez, el autor no podía imaginar en qué medida sus reflexiones llegarían a ser premonitorias ni, por supuesto, la magnitud que acabaría adquiriendo la desnaturalización de la actividad agraria. Un cambio tan rotundo que ha alcanzado la propia esencia de lo que en su día fue la agricultura. Los balances energéticos negativos en los cultivos más tecnificados y la intoxicación de nuestros cuerpos a través de la alimentación impiden definir como *agricultura* una actividad que ha dejado de ser la fuente primaria de energía para el metabolismo social y el medio que ha garantizado la supervivencia física de los humanos durante varios milenios.

El desarrollo de la agricultura industrial se ha sustentado en distintos vectores de cambio que, al confluir y retroalimentarse, han provocado una fractura histórica insalvable. Determinar cuál de ellos ha sido el más

influyente carece de sentido, puesto que el resultado final no podría entenderse sin considerarlos a todos en conjunto. De hecho, cada uno simboliza a su manera el sistema agroalimentario actual: el tractor, como icono de una producción mecanizada; los pesticidas químicos, como emblema de una agricultura tóxica; y el petróleo, como ingrediente principal de unos alimentos sintetizados en una cadena de montaje lubricada por los tratados de libre comercio y legitimada por las políticas agrarias.

A pesar del papel central que desempeñan estos elementos en el actual modelo agrario, existe otro factor que, a diferencia de ellos, es radicalmente incompatible con la producción campesina. En un absurdo ejercicio de retórica, podría afirmarse que los campesinos, más allá de lo que digan los tópicos en torno a su inmovilismo atávico, nunca han dudado a la hora de incorporar nuevas técnicas y herramientas que resulten adecuadas para su forma de trabajar. El uso de grandes máquinas y pesticidas, en cierta manera, podría formar parte de un imaginario modelo campesino tecnificado. Por otro lado, es sabido que a lo largo de varios siglos, los campesinos han preservado su peculiar racionalidad económica «subsumidos» en un contexto netamente capitalista sin por ello desprenderse de su *campesinidad*; y, por último, la implementación de una política pública agraria o de tratados comerciales internacionales no tendría por qué suponer una hegemonía de la producción agroindustrial. Sin embargo, ni el más hábil de los sofistas podría encajar en el modelo campesino de apropiación del territorio la extrema especialización que caracteriza la producción agraria en la actualidad.

La agricultura campesina podría definirse como una estrategia de adaptación a la heterogeneidad ecológica de un territorio para lograr el máximo aprovechamiento de los recursos locales[4]. La manera de lograrlo consiste en diversificar la producción en función de las aptitudes propias de las pequeñas unidades geográficas que integran dicho territorio y, por esta razón, cuando el mercado o las políticas agrarias imponen una vocación productiva a escala regional, se rompe el vínculo entre la agricultura y su entorno. La producción industrial de alimentos supone la culminación de un desarraigo que hace de la agricultura una actividad ajena a su contexto ecológico al mismo tiempo que la segrega de la comunidad rural. El aprovechamiento múltiple del territorio se revela como un argumento irrefutable para defender la racionalidad ecológica de la producción campesina, pero no debe olvidarse que la conservación de las bases materiales que garantizan el mantenimiento de la actividad agraria persigue, a fin de cuentas, un objetivo estrictamente económico: la reproducción del grupo doméstico campesino. Trabajar la tierra ha sido la forma de vida de unas gentes que, al mantenerse relativamente ajenas al intercambio de bienes y servicios en el mercado, no han tenido otro remedio que acudir a los ecosistemas locales en busca de todo, o prácticamente todo, lo necesario para seguir malviviendo.

La especialización productiva fue el preludio de la incorporación de maquinaria pesada y de insumos procedentes del exterior, pero más allá de tales efectos colaterales, su forma de concebir el trabajo desarticulaba una concepción de lo económico que se basaba en la íntima relación entre producción agraria y reproducción de la unidad doméstica. En un abrir y cerrar de ojos, los campesinos se fueron por la puerta trasera de la historia y el rastro de su memoria milenaria se evaporó al calor de la modernización. Dos lógicas antagónicas habían colisionado, aunque sería más preciso decir que una fue arrollada por la otra, y los campesinos, acostumbrados como estaban a perder, en esta ocasión tampoco podían salir indemnes. Sus pequeños mundos singulares dejaron paso a la uniformidad del monocultivo.

Si los campesinos lograron adaptarse al estrecho marco que su entorno les concedía, fue gracias a una estrategia mimética que responde a un razonamiento inapelable: los ecosistemas naturales se autorregulan a través de los efectos sinérgicos que surgen de la interacción entre individuos y especies diferentes; lo cual significa que su carácter sostenible proviene, principalmente, de la gran biodiversidad que contienen. Por lo tanto, en

la medida en que los espacios agrarios imiten esta riqueza biológica, se comportarán de manera más fiable y requerirán menos aportes externos para garantizar su funcionamiento a largo plazo. El monocultivo, por el contrario, supone la completa erradicación de la biodiversidad. Grandes extensiones de terreno ocupadas por un sólo cultivo homogéneo y calibrado que, para alcanzar su rendimiento óptimo, necesita ser asistido por numerosas prótesis tecnológicas. Hasta hace un tiempo, la biodiversidad, entre otros servicios ambientales, procuraba nuestros alimentos, pero hoy en día lo único que aporta son las series genéticas que consolidan el dominio de la biotecnología. El monocultivo ya no la necesita para asegurar su viabilidad. Su éxito aparente depende por entero de las menguantes reservas de petróleo y del manto venenoso[5] que recubre la biosfera, convirtiendo la epidemiología ambiental en una disciplina esotérica incapaz de articular un número infinito de incógnitas en sus cálculos. La trágica paradoja del monocultivo es la de habernos sometido a una intoxicación permanente a través de un sistema productivo que se desarrolla sobre un medio aséptico y desinfectado.

Los campesinos entendieron que el mundo no podía ser habitado si las puertas permanecían cerradas a lo imprevisible. Que la vida era un constante imprevisto. De forma natural se habían acostumbrado a convivir con una incertidumbre que les garantizaba el privilegio de seguir aprendiendo nuevas cosas hasta el último de sus días. Los campos estaban abiertos a cualquier eventualidad, así como ellos permanecían atentos en todo momento. Nunca se creyeron capaces de aplacar el instinto indómito de la tierra: el suyo era un conocimiento humilde que aceptaba la complejidad inherente a la vida sin pretender eliminarla. Para acercarse a la naturaleza de los fenómenos utilizaban el método que recomendaba Goethe: observarlos desde puntos de vista distintos para establecer las conexiones subyacentes que permiten comprenderlos. En su caso, las etapas de esta serie experimental correspondían a los sucesivos ciclos de cultivo, y hubieran estado de acuerdo con el sabio alemán en que era absurdo plantearse este acercamiento a partir de un solo *experimentum crucis*[6].

Desgraciadamente, y no sólo para los campesinos, Goethe ha pasado a la posteridad por su obra literaria y, si no figura entre los padres ilustres de la ciencia, es porque se negó a doblegarse ante la tiranía de lo cuantitativo. Supo entender que «la naturaleza enmudece en la cámara de tortura» del positivismo y que la única premisa que permite establecer leyes naturales es la simplificación. La misma que premeditadamente se produce en el recinto fortificado del monocultivo. Un espacio impermeabilizado del que han sido extirpadas las variables que pudieran amenazar la consecución de los resultados esperados. El monocultivo es un vasto laboratorio a cielo abierto. El campo de pruebas donde un poder pastoral, tras colgar el hábito y vestirse con bata blanca, explora los límites de la artificialización como principio fundacional de una existencia deshumanizada.

El monocultivo es la imagen precisa de un mundo-laboratorio en el que todo comportamiento obedece a un protocolo estandarizado. Es la forma en que la sociedad industrial se expresa en el territorio y el rodillo que despedaza hasta el menor indicio de particularidad en una topografía laminada. Sin embargo, aunque el monocultivo sea la institución total que mejor refleja nuestro paisaje vital, no sólo representa la síntesis que culmina la modernidad occidental, sino que en sus fases iniciales fue, precisamente, el motor que la impulsó.

La expansión oceánica de Europa conoció un primer momento de descubrimiento y conquista que estableció los cimientos del intercambio desigual en una nueva economía mundial. Durante aquel periodo, la presencia de los europeos en América, África y Asia era una especie de gripe pasajera que rápidamente se convertiría en una dolencia crónica. El cambio se produjo cuando los nuevos dueños del mundo, sin abandonar la costumbre rudimentaria del pillaje, decidieron tomar las riendas de la ordenación territorial. De este modo, la ocupación militar dejó paso a un proceso de colonización, en absoluto menos violento, que se materializó en las grandes plantaciones agrícolas.

Sin perder de vista la desposesión progresiva del campesinado europeo ni lo que nos recuerda Silvia Federici[7] sobre la expropiación del cuerpo de las mujeres, es evidente que las plantaciones americanas y asiáticas desempeñaron un papel central en aquel proceso conocido como *acumulación primitiva del capital*. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales ensayó una nueva fórmula para negociar con las especias que con el tiempo llegaría a ser conocida con el nombre de capitalismo. En el Reino Unido, fueron algunos propietarios retornados de las colonias americanas los que financiaron e impulsaron en sus posesiones las innovaciones técnicas de la revolución agrícola británica; un cambio de profundo calado que supuso el nacimiento de la agronomía moderna y del modelo productivo que ha llegado hasta nuestros días. Incluso, el mismo James Watt jamás hubiera completado el prototipo de aquella máquina que puso la historia patas arriba sin el crédito de ciertas entidades bancarias que basaban su liquidez en el comercio triangular del Atlántico.

El sistema de plantaciones abrió de par en par las puertas a la modernidad. Es posible que sin las fortunas amasadas con los cultivos coloniales, la Revolución Industrial, de haber ocurrido, lo hubiera hecho en términos muy distintos, pero no cabe la menor duda de que el modelo agrario surgido en aquel momento transformó para siempre el devenir de la agricultura. Las plantaciones fueron la punta de lanza del monocultivo. El primer ejercicio de una especialización productiva regional que en algunas islas caribeñas bajo dominio británico, donde estaba prohibido el cultivo de cualquier cosa que no fuera caña de azúcar, alcanzó cotas difíciles de imaginar[8].

La caña de azúcar inauguró la historia del monocultivo llevando el modelo hasta sus últimas consecuencias. Islas enteras fueron arrasadas por aquella industria que agotaba los vulnerables suelos tropicales, saturaba los cursos de agua con los residuos del proceso de transformación y cubría el ambiente con un aire viciado por el aroma dulzón que emanaban las chimeneas de los ingenios. Un paisaje mudo que resultaba el marco más apropiado para escenificar el drama de la esclavitud. Por supuesto, todas las industrias coloniales utilizaban esclavos, pero los ingenios azucareros constituían el destino principal de aquel flujo de mercancías humanas que vació el continente africano. Los pueblos americanos y asiáticos también fueron alcanzados por la onda expansiva de las plantaciones, pero nunca estuvieron a la altura de las exigencias. Tampoco los campesinos europeos convertidos en trabajadores cautivos por el cuerpo normativo que legitimó la erradicación de sus formas de vida[9].

Los peones de las plantaciones coloniales, ya fueran esclavos o libres, fueron probablemente los primeros proletarios de la historia moderna. Una vez más, la agricultura se adelantaba a su tiempo. Todos los deportados que lograban sobrevivir al látigo del monocultivo, aunque preservaran vivos sus cuerpos, inevitablemente sentían

cómo su espíritu les abandonaba. Aquella forma de trabajo no sólo les llevaba al límite de su resistencia física sino que era irreconciliable con el sistema de conocimientos y el modo de producción que les había configurado como personas. Las plantaciones, en este sentido, inician el etnocidio campesino sobre el que se sostiene la agricultura industrial. Es cierto que la barrera entre un campesino y un jornalero puede llegar a ser muy tenue, pero cuando la fragmentación del proceso productivo y la especialización en el trabajo es tan extrema, difícilmente puede equipararse su situación. Un mozo de granja en la Inglaterra[10] o el País Vasco de finales del siglo XIX no era un criado de las *pusztas* húngaras[11]. Un jornalero andaluz no era un cortador de caña en La Española. Si las tareas a realizar van cambiando en función de los ciclos anuales o si el ritmo de trabajo deja horas libres para cultivar una pequeña parcela o salir al monte, es evidente que los jornaleros pueden ser considerados campesinos sin tierra. Sin embargo, cuando la tarea es siempre la misma y no es posible obtener recursos fuera del economato, la campesinidad se desvanece. La trata de esclavos, a pesar de todo, presentó grietas por las que se colaban otro tipo de intercambios. De este modo, el arroz llegó a América desde el interior de África, así como el maíz y las patatas recorrieron el mismo viaje pero en sentido inverso. Los curanderos negros seguían ejerciendo sus funciones en las plantaciones, incluso atendiendo a sus amos, y para ello utilizaban plantas medicinales llegadas desde la otra orilla del océano[12]. Hubo, ciertamente, resistencia al etnocidio, pero cuando una herramienta deja de usarse durante mucho tiempo, acaba por oxidarse irremediablemente. Puede transformarse, como en el caso de las culturas afroamericanas, en algo nuevo que surge del contacto con otros mundos, pero en términos generales, el balance en relación a los conocimientos campesinos fue claramente negativo. Cuando más allá de un trabajo extenuante y repetitivo no queda nada, la mente se entumece tanto como el cuerpo.

Tras aquella declaración de intenciones, el monocultivo se extendería por los cinco continentes enterrando las culturas campesinas bajo la losa de la eficiencia y de la competitividad. Siempre desde el centro hacia las periferias, a lo largo del siglo XX, los campesinos europeos y norteamericanos fueron reconvertidos en empresarios agrarios que se limitarían a seguir las prescripciones técnicas de los ingenieros. En estos momentos, son los campesinos que sobreviven en los márgenes del planeta los que están sufriendo el proceso; aunque en su caso, el destino reservado para la mayoría de ellos es la reclusión en villas miseria donde ya subsisten mil doscientos millones de personas[13]. El resto, los pocos que se quedarán en el campo, seguirán trabajando la tierra ajena en unas condiciones de servidumbre legalizada.

A pesar de haber demostrado repetidamente sus limitaciones, el monocultivo sigue ampliando su radio de influencia y se acerca rápidamente al techo infranqueable de su crecimiento; es decir, la totalidad del planeta. En estos momentos, tan sólo una cuarta parte de las tierras cultivadas se mantienen en manos de pequeños productores[14] y los monocultivos que sustentan el sistema alimentario (maíz, soja, arroz, trigo) ocupan más del noventa por ciento de la superficie agrícola mundial[15].

Según cómo se miren las cosas, es fácil llegar a la conclusión de que la historia en su conjunto está impregnada por un cínico humor negro que a menudo raya el mal gusto. La aparición del monocultivo es un buen ejemplo de ello. Europa no colonizó el mundo para cubrir sus necesidades materiales, pues lo único que buscaban las primeras aventuras oceánicas eran productos tan accesorios como las especias orientales. Bienes tan prescindibles como el azúcar, el café y el tabaco de las plantaciones americanas; sustancias, todas ellas, vinculadas estrictamente a un placer hedonista que ilustra a la perfección el carácter eufórico de la modernidad.

A medida que transcurre la noche de estos cinco siglos, la efervescencia inicial se ha ido diluyendo en un estado de insatisfacción patológica que nos impide gozar de aquellos estímulos fascinantes. El azúcar que acompaña al café ya no despierta en nosotros la sensación que tiene un niño al probarlo por primera vez[16]: ambos

se han visto reducidos simplemente a un imperceptible empujón que, ante la perspectiva de otro día anodino, nos ayuda a salir de la cama. La fiesta hace tiempo que terminó y a nosotros nos ha tocado vivir la resaca de la modernidad. Las sustancias que desataron aquella sobre-estimulación han perdido el poder de sugestión que hacía de ellas un instrumento al servicio de la creatividad en los círculos de la nueva aristocracia democratizada nacida de la burguesía urbana. Hoy en día, los efectos de su prodigiosa bioquímica pasan inadvertidos en un cuerpo social narcotizado por la ingesta diaria de bienes superfluos con los que intenta dar respuesta a las necesidades prefabricadas que le impulsan a esta espiral autodestructiva. Cuando uno se acostumbra a desearlo todo, se condena a un síndrome de abstinencia cronificado, imposible de tolerar sin una estricta dieta a base de psico-fármacos.

En estas circunstancias, los monocultivos siguen ejerciendo una influencia decisiva en el orden de las cosas que ellos mismos crearon, pero empiezan a mostrar síntomas de estar acusando el cansancio general. Entre los cultivos que expandieron el mundo europeo, solamente el café ha logrado conservar cierta relevancia en los mercados internacionales, aunque el precio que ha pagado por ello es el de su banalización. Los demás han sido desplazados por sucedáneos más rentables, como el azúcar y el cacao, o bien están en proceso de extinción, como el tabaco. Los monocultivos que protagonizan el colonialismo actual son de una naturaleza bastante más prosaica. Despojados de cualquier connotación lúdica, se limitan a producir las materias primas que mantienen la fisiología más básica del metabolismo social: piensos para la ganadería, agrocombustibles, componentes orgánicos para la industria alimentaria, etc.

En este mundo clausurado, el monocultivo ya no provee materias que fracturan la sociedad entre elegantes y desaliñados. El amo calza las mismas zapatillas que su empleado y el banquero conduce un vehículo que, más allá de la marca, es indistinguible del que quiere comprar el parado al que acaba de negar un crédito. La anomia de la eficiencia industrial acaba con la idea de un consumo diferenciador y con la posibilidad de un trabajo cuya factura no sea vergonzosa. Es por esta razón que, en el interior de la fortificación occidental, el mal gusto se ha adueñado del paisaje. Lo más descorazonador, sin embargo, es que afuera, más allá de los demonios de Maxwell que sostienen el precario equilibrio homeostático de la injusticia global[17], cada vez son menos los que permanecen insensibles a la propaganda de la vida anestesiada en este confortable simulacro.

A pesar de que el monocultivo supone la negación de la agricultura, durante todo este tiempo ha conseguido mantener las apariencias presentándose como su evolución natural e inevitable. En un proceso que recuerda a las intervenciones arquitectónicas que al conservar solamente la fachada de un edificio pretenden hacer pasar como reforma lo que en realidad es una demolición, el monocultivo ha preservado ciertos elementos decorativos que le han permitido reivindicar la existencia de una continuidad entre dos realidades no sólo distintas sino incompatibles. Ahora, sin embargo, en un alarde de honestidad propiciado por la ausencia de todo cuestionamiento, el monocultivo puede, por fin, desplegar su potencial y desprenderse de los últimos vestigios que de alguna manera le seguían recordando su pasado.

El mar de plástico del Campo de Dalías elevó la agricultura industrial a su máxima expresión, pero actualmente se está viendo desplazado y superado por los sofisticados invernaderos holandeses diseñados en el *Food Valle*y de Wageningen. El modelo de producción que está impulsando este conglomerado universitario-empresarial, con sus asombrosos niveles de productividad y su preocupación por la sostenibilidad, está llamado a enterrar en el olvido la obsoleta horticultura intensiva almeriense. Nadie echará de menos este tipo de agricultura pero, de forma paradójica, cuando dentro de unos años ya no quede ni rastro de ella, nos daremos cuenta de que, a pesar de todo, era una actividad que aún podía calificarse como agraria: empresarios que a su manera continúan siendo paisanos, jornaleros precarios, comunidades cortijiles impregnadas por un provincianismo de nuevo rico, cooperativas con una férrea división sexual del trabajo... Incluso, aunque parezca una broma, los invernaderos del sureste peninsular respetan cierta estacionalidad en la producción (en verano permanecen inactivos por el calor excesivo) y presentan cierta vinculación con el territorio (la orografía y las elevadas temperaturas invernales son las que explican por qué se instalaron en aquella región).

Nada de esto tiene lugar en las instalaciones hiper-tecnificadas del nuevo monocultivo holandés. El cambio que éste anticipa supone la desintegración del binomio «agricultura industrial» como consecuencia de la eliminación de su primer elemento; es decir, la sustitución de las actividades agrarias por la síntesis y el ensamblaje industrial de materias comestibles.

Al monocultivo le ha bastado menos de un siglo para suprimir completamente las inclemencias externas que acechaban a las plantas cultivadas; y una vez superada esta fase preliminar, el reto que se plantea es el de encauzar su intrínseco desvarío. Los vegetales, por definición, carecen de una morfología totalmente predeterminada y, gracias a un patrón de crecimiento relativamente abierto, acaban adoptando la forma concreta que les imprimen las condiciones innegociables del entorno. Por esta razón, cuando se tornan los papeles y es el medio el que se ve sometido a las exigencias de los cultivos, se produce un vuelco en el transcurso de la evolución biológica. Si las plantas, como el resto de seres vivos, orientan su propia inercia en función de aquello que les rodea, nos veremos obligados a buscar los conceptos que permitan explicar la naturaleza de esta nueva forma de agregación orgánica que obedece solamente a una matriz genética programada por simulación computacional.

Los nuevos monocultivos abióticos se encuentran todavía en un estado embrionario y ya sabemos que, a menudo, las promesas del Ícaro agroindustrial ven cómo se derriten sus alas justo después de alzar el vuelo. A pesar de ello, probablemente tendremos ocasión de presenciar la transición que los convertirá en el modelo hegemónico de un futuro no tan lejano, pero en cualquier caso, esta nueva vuelta de tuerca en el proceso de artificialización no supondrá ningún cambio significativo, pues el monocultivo artesanal de las plantaciones coloniales y el monocultivo analógico de la Revolución Verde ya se han encargado de realizar la parte más dura de la tarea.

Su principal logro es el de haber creado un cerco en el imaginario colectivo que nos impide pensar más allá de la agricultura industrial. Cuestionar la verdad del monocultivo equivaldría a poner el mundo en peligro arrastrándolo al borde de la inanición y nadie en su sano juicio querría llegar a tales extremos. De poco sirven los datos que desmontan la falacia agroindustrial si los mismos agentes que la promueven también los reconocen y, de paso, nos advierten que la solución más realista —que es también la única que podríamos tolerar— no es romper con la dinámica del monocultivo sino, por el contrario, seguir ahondando en ella hasta donde sea necesario.

Por mucho que nos duela, lo cierto es que a nuestro alrededor nada parece indicar que las cosas puedan suceder de otra manera. Mientras reivindicamos una recampesinización[18] de la producción agraria, los últimos campesinos están siendo arrastrados por el embate industrializador. Las organizaciones políticas que les representan, a pesar de haber logrado visibilizar con éxito su protesta, se muestran incapaces de revertir las estadísticas demoledoras que tejen la crónica de este tiempo sin alma, y la única resistencia que planta cara al monocultivo obedece a un impulso reactivo tan espontáneo como instintivo. Del mismo modo que los jóvenes de las *banlieues* francesas salieron a la calle a quemar los coches de sus vecinos, algunos vegetales, como el amaranto resistente al *Roundu*p, responden con violencia al consenso instaurado por un régimen que, precisamente, ha creado las condiciones que provocan esta revuelta desesperanzada. Una actitud conmovedora con la que es inevitable empatizar pero que no admite ningún tipo de interpretación en clave antagonista.

Quienes seguimos considerando que un cambio en el modelo productivo debería ir acompañado de un proceso emancipatorio, y viceversa, no estamos en la mejor situación para postularnos como la vanguardia de una hipotética insurrección agroecológica. La precariedad de nuestras experiencias y la hostilidad creciente de un ambiente invadido por lo ecológico-industrial nos relegan a la posición marginal de la que procedíamos y que nunca hemos abandonado. Seguimos estando muy lejos de poder intervenir en el argumento principal de esta historia, y la deriva del monocultivo continuará siendo ajena a nuestra pretenciosa enmienda a la totalidad. Cuando su lógica nos engulla o nos aplaste, ni siquiera se dará cuenta de que le estábamos desafiando.

Si pudiéramos abstraernos por un momento y observar nuestros proyectos desde la distancia imaginaria que sustenta el espejismo de la objetividad, no tendríamos más remedio que aceptar el fracaso de nuestro intento. Hemos aprendido a *agujerear la realidad*[19] del monocultivo, pero el esfuerzo ha sido inútil. Sin embargo, en estas circunstancias, no hay nada que sea tan apropiado y necesario como lo inútil. Gestos que no cambian el mundo pero que lo hacen un poco más soportable.

NOTAS ACLARATORIAS

1. Este texto surge de una invitación a participar en el proyecto *El veneno en tu maquinaria*, impulsado por el artista argentino Eduardo Molinari. En primavera de 2016 fue autoeditado por el colectivo Kanpoko bulegoa en forma de fanzine.
2. *¡Es calmo en verdad! Tan calmo, que perturba*
   y contraria la meditación con su extraño
   y extremado silencio.
   Samuel Taylor Coleridge, *Frost at midnight*, 1798. En Raymond Williams, *El campo y la ciudad*, Paidós, 2001.
3. John Steinbeck, *Las uvas de la ira*, Alianza editorial, 2009.
4. Víctor Manuel Toledo, *La racionalidad ecológica de la producción campesina*. En Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina, *Ecología, campesinado e historia*, Ediciones de la Piqueta, 1993.
5. Guy Bernelas, *El Manto de Medea*, Muturreko Burutazioak, 2008.
6. Jeremy Naydler (ed.), *Goethe y la ciencia*, Ediciones Siruela, 2002.
7. Silvia Federici, *Calibán y la bruja*, Traficantes de sueños, 2010.
8. Los alimentos que se consumían en dichas islas provenían de colonias continentales como Virginia, ocupada por ingleses que ejercían una poderosa influencia en la Corona.
9. Peter Linebraugh y Marcus Rediker, *La hidra de la revolución*, Editorial Crítica, 2004.
10. Fred Kitchen, *A la par de nuestro hermano el buey*, Espasa-Calpe, 1948.
11. Giula Illyés, *Gente de las Pusztas*, Editorial Minúscula, 2002.
12. Catherine Coquery-Vidrovitch y Éric Mesnard, *Ser esclavo en África y América entre los siglos XV y XIX*, Libros de la Catarata, 2015.
13. Martín Caparrós, *El hambre*, Anagrama, 2015.
14. GRAIN, Hambrientos de tierra, 2014.
15. Miguel Ángel Altieri, «Desiertos verdes: monocultivos y sus impactos sobre la biodiversidad», *Gloobal hoy*.
16. Michael Pollan, *La botánica del deseo*, Ixo Grupo, 2008.
17. El demonio de Maxwell es una criatura teórica perteneciente al campo de la termodinámica que es capaz de regular el paso de moléculas de gas de un recipiente a otro dejando pasar solamente las que se encuentran a una temperatura determinada e impidiendo el paso a las demás.
18. Jan Douwe van der Ploeg, *Nuevos campesinos*, Icaria, 2010.
19. Santiago López Petit, *La movilización global*, Traficantes de Sueños, 2009.

☞ **Marc Badal Pijoan**

Marc Badal Pijoan vive en un caserío en la vertiente norte del Pirineo, donde compagina el trabajo en la finca con la investigación y la dinamización agroecológica. Ha publicado libros y artículos relacionados con el actual sistema agroalimentario, el medio rural y la cultura campesina. Es miembro de **Kanpoko bulegoa**, un pequeño obrador artesanal de pensamiento aplicado que elabora herramientas culturales con las que seguir pensando el mundo desde lo rural. Entre sus publicaciones se encuentra ***Vidas a la intemperie***, una reflexión sobre la desarticulación del mundo campesino.

Los evangelios velados

Vicente Gutiérrez Escudero

La técnica de la tachadura es muy sencilla: consiste en disponer de un texto –si es sagrado mejor– del que se tachan ciertas palabras dejando otras visibles. El resultado lo conforman esas palabras y frases que han sobrevivido. Esta técnica ha sido ampliamente utilizada a lo largo de todo el siglo XX; desde los mismísimos orígenes de las vanguardias artísticas hasta nuestros días. Estoy pensando en los célebres «textchones» de Fernando Millán o las tachaduras de José-Miguel Ullán, como por ejemplo las de su libro ***Alarma***, de las que Miguel Casado ha dicho que «se trata, de distinguir en la masa verbal fugacísimas palabras. Es la hipótesis y el deseo que impulsa al poema: la palabra poética es ***palabra encontrada***, aislada por la atención en el flujo verbal que discurre sin pausa»[1]. Lo no tachado conforma un nuevo flujo verbal que antes permanecía invisible. En ese sentido la tachadura abre nuevos e inesperados discursos. Se trata de releer, de reinterpretar y de reescribir, sí, pero también de buscar otros referentes míticos, otros sistemas de significación. Laura López Fernández, a propósito del experimentalismo de Fernando Millán, habla de ***apertura diabólica***. Dice concretamente: «en virtud de la tachadura se están cuestionando significados fijos e inmutables en el arte y en la escritura y, de una manera derridiana, se está deconstruyendo cualquier relación unívoca entre sujeto y objeto, entre texto y lector, entre cuadro y espectador, entre un género y otro. El lenguaje escrito deja de ser representativo de una manera tradicional. Las letras, palabras, textos y en definitiva, libros a través de los que vemos el mundo y nos vemos, constituyen en la tachadura una vieja escritura que pide ser "excrita" y "reescrita". Se busca en consecuencia una nueva recepción ante la obra de arte en la que se acepten complejidades y aperturas diabólicas»[2]. No está de más recordar que, etimológicamente, ***diablo*** es lo contrario a ***símbolo*** (unión, reunión); el ***diablo*** nos aleja de la verdad de Dios, establece un alejamiento respecto de Dios lo que implica también un alejamiento respecto de las significaciones impuestas por las élites.

Por otro lado, no quiero pasar por alto la similitud de estos tachones, más allá de lo puramente estético, con esos documentos oficiales que muchos gobiernos deciden desclasificar para poner a disposición de la prensa y los ciudadanos pero que siempre presentan numerosas líneas sepultadas bajo grotescas rayas negras. Aquí el hecho de tachar tiene el sentido contrario: el de revelar, el de acceder a nuevas significaciones y activar el imparable juego de las evocaciones. No podemos obviar lo que este método tiene de revelador. Si tenemos en cuenta lo afirmado por Roland Barthes: «Texto quiere decir Tejido;

pero si hasta aquí se ha tomado este tejido como un producto, un velo detrás del cual se encuentra más o menos oculto el sentido (la verdad), nosotros acentuamos ahora la idea generativa de que el texto se hace, se trabaja a través de un entrelazado perpetuo; perdido en ese tejido —esa textura—, el sujeto se deshace en él como una araña que se disuelve en las segregaciones constructivas de su tela»[3], sólo queda asumir el tachado como una desgarradura de ese tejido textual, para rehacer el texto y adentrarse así en otros sentidos posibles. Tachar tiene más de expansión que de negación, más de iluminación que de tenebrosidad. Hablo de ***iluminación profana*** en el sentido en el que nos habló Walter Benjamin en ***El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea***, un concepto que por cierto fue concebido a partir del libro ***Nadja*** (1928) de André Breton. Estas revelaciones, que permanecían ocultas y veladas en los textos sagrados, no proceden del más allá sino de lo más recóndito de nuestra inexplorada psique, de nuestro propio inconsciente y están estrechamente vinculadas con el mundo onírico, con el automatismo o con los estados de ensoñación más perturbadores.

La iluminación que aportan estos ***evangelios velados*** es la misma iluminación que brota en toda revuelta. Tachar implica escapar de la movilización global, equivale a dejarse llevar por el deseo y practicar un desgarro en los discursos programados del poder. Ante el oscurantismo que se cierne sobre el mundo siempre nos queda la tarea de rasgar los discursos sagrados de los amos del mundo, no para revelar nuevas verdades sino para aproximarnos a la verdad de mil formas distintas, aportándonos, en ese eterno vuelo en espiral, conocimiento de nosotros mismos y del mundo.

Una última observación: la tachadura es, ante todo, un juego. De eso ya nos había hablado Giorgio Agamben cuando afirmaba que el juego, al oponerse al rito, nos libera de lo sagrado. Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez apunta en ese sentido cuando dice que: «El juego, pues, es un acto profanatorio que desarma la separación y abre lo sacralizado a un uso incongruente, a un uso impropio, inadecuado o perverso respecto a la seriedad y formalidad con que se suelen asumir las cosas en esas esferas separadas»[4]. Les invito, pues, a escapar de lo sagrado, a jugar como verdaderos aventureros del espíritu, a tachar todos aquellos textos que nunca se atrevieron a tachar, ya sea la Biblia, el Talmud, el Tao Te King, El capital o incluso el aburrido manual de instrucciones de su lavadora.

NOTAS ACLARATORIAS

1. Miguel Casado, «Del remolino. Una lectura de José-Miguel Ullán», prólogo a Ondulaciones. Poesía reunida (1968-2007), Ed. Galaxia Gutenberg, 2008, pp. 18-19
2. Laura López Fernández, «Una experiencia estética radical. Fernando Millán y el proceso de la tachadura», en La depresión en España, Fernando Millán, Ediciones La Bahía, 2012, p. 16.
3. Roland Barthes, El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de semiología literaria del Collège de France, Ed. Siglo XII, 1974, p. 104. Traducción de Nicolás Rosa.
4. Cuauhtémoc Nattahí Hernández Martínez, «Capitalismo, separación y profanación. La crítica de la separación en Giorgio Agamben», HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 8, n° 1, Mayo 2017, p. 134.

enemigos de la fe ningún pretexto para criticar. 15Ya hay algunas que se han extraviado siguiendo a Satanás. 16Si alguna mujer creyente tiene personas viudas en su familia, que las ayude. De ese modo la Iglesia no tendrá que cargar con ellas y podrá socorrer a las viudas que queden sin familia.

Solventar económicamente a los presbíteros

17Los presbíteros que cumplan bien su oficio recibirán doble honor y remuneración, sobre todo los que trabajan en la predicación y en la enseñanza. 18En efecto, dice la Escritura: *No le pongas bozal al buey que trilla* (Dt 25,4), y también: *El trabajador tiene derecho a su salario* (Lc 10,7). 19No aceptes acusaciones contra un presbítero, si no se presentan por lo menos *dos o tres testigos* (Dt 17,6; 19,15).

Corregir a los pecadores y prudencia en la elección de los asesores

20A los que pequen, repréndelos públicamente para que los demás sientan temor. 21Insisto delante de Dios, de Cristo Jesús y de los santos ángeles, para que observes estas reglas con imparcialidad, sin hacer diferencias. 22No impongas a nadie las manos a la ligera, no sea que te hagas cómplice de los pecados de otro. Consérvate sin mancha. 23Deja de beber agua sola. Toma un poco de vino, a causa de tu estómago y de tus frecuentes malestares.

24Los pecados de algunos hombres son conocidos antes de ser examinados; los de otros, en cambio, sólo después. 25De la misma manera las buenas acciones han de ser manifiestas, aunque estén todavía ocultas, tendrán que descubrirse.

Fraternidad entre amos y esclavos Col 3,22-25

6 1Que todos los que están en situación de siervos procuren ser muy respetuosos con sus amos. Así evitarán que se hable mal de Dios y de su doctrina. 2Los que tengan amos cristianos no deben perderles el respeto, bajo el pretexto de que son hermanos; al contrario, sírvanles mejor, puesto que son creyentes y hermanos queridos los que reciben sus buenos servicios. Esto es lo que deben enseñar e inculcar.

[illegible]

2. *Jesús, presencia misteriosa» en la comunidad* Mt 14,22-33

[illegible] Jesús obligó a sus discípulos a que subieran a la barca y lo esperaran en Betsaida, a la otra orilla, mientras él despachaba a la gente. [46]Y, después de despedirlos, se fue al monte a orar.

[47]Al anochecer estaba la barca en medio del lago y él solo en tierra. [48]Viendo cómo se cansaban remando, pues el viento era contrario, al amanecer fue hacia ellos, caminando sobre el agua, como si quisiera pasarlos de largo. [49]Ellos, al verlo caminar sobre el agua, creyeron que era un fantasma y se pusieron a gritar, [50]pues todos lo habían visto y estaban asustados. Pero él les habló inmediatamente: «Animo, no tengáis miedo, soy yo.»

[51]Subió a la barca con ellos, se calmó el viento, con lo cual quedaron muy asombrados, [52]pues no habían entendido lo de los panes: su mente estaba totalmente cerrada.

3. *Jesús, presencia siempre activa y liberadora* Mt 14,34-36

[53]Después de atravesar el lago llegaron a Genesaret, donde atracaron. [54]Apenas se bajaron, la gente lo reconoció y fue a decirlo por toda aquella región. [55]Y comenzaron a traer a los enfermos en camilla adonde oían que él estaba. [56]Y dondequiera que él entraba, pueblos, ciudades o campos, ponían a los enfermos en las plazas y le pedían que los dejara tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos.

I) La novedad absoluta del Evangelio

1. *Ruptura de barreras de las tradiciones, preceptos humanos opuestos a la voluntad divina* Mt 15,1-9

7 [1]Un día se acercaron a Jesús los fariseos con algunos maestros de la Ley, llegados de Jerusalén, [2]y se fijaron que algunos discípulos de Jesús comían con las manos impuras, es decir, sin lavárselas. [3]De hecho, los fariseos (y todos los judíos), siguiendo la tradición de los

[redacted]

evidentemente

Dios

es inútil

[redacted]

resurrección de Cristo, que no fue abandonado entre los muertos, ni su cuerpo quedó sometido a la corrupción.

33 A Jesús Dios lo resucitó, de lo cual todos nosotros somos testigos.
33 Y engrandecido por la mano poderosa de Dios, ha recibido del
Padre el Espíritu Santo prometido: hoy lo acaba de derramar y eso
es lo que estáis viendo y oyendo.

34 Además, David no subió a los cielos, sino que él mismo dice en
su salmo: *Dijo el Señor a mi señor: "Siéntate a mi derecha* 35 *hasta que ponga*
tus enemigos debajo de tus pies" (Sal 110,1).

36 Sepa entonces con seguridad toda la gente de Israel que Dios ha
hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis.

La respuesta de los hombres:
conversión y bautismo en el Espíritu Lc 3

37 Al oír esto, se afligieron profundamente. Dijeron, pues, a Pedro
y a los demás apóstoles: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?»

38 Pedro les contestó: «Convertíos y bautizaos en el nombre de
Jesucristo para que se os perdonen los pecados. Y Dios os dará el
Espíritu Santo; 39 porque la promesa es para vosotros y para vuestros
hijos y para todos los extranjeros a quienes el Señor llame.

40 Con muchas otras palabras les hablaba y les invitaba con
insistencia: «Salvaos de esta generación malvada.»

41 Los que creyeron fueron bautizados y en aquel día se les unieron
alrededor de tres mil personas.

La obra del Espíritu en la comunidad:
unidad de fe, de culto, de amor He 4,32-35

42 Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la
convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones.

43 Toda la gente estaba asombrada, ya que se multiplicaban los
prodigios y milagros hechos por los apóstoles.

44 Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto
tenían. 45 Vendían sus bienes y propiedades y se lo repartían de
acuerdo con lo que cada uno de ellos necesitaba.

46 Acudían diariamente al templo con mucho entusiasmo y con un
mismo espíritu y compartían el pan en sus casas, comiendo con
alegría y sencillez.

47 Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo, y

faltas de que hablo, será un vaso noble, santo, útil al Señor, apropiado para toda obra buena.

6. Santidad, prudencia y apoyo a la comunidad

22Evita, pues, los deseos desordenados propios de la juventud. Busca la justicia, la fe, y procura vivir en amor y paz con los que confían sinceramente en el Señor.

23En cuanto a las cuestiones tontas e inútiles, evítalas. Bien sabes que originan peleas, 24y un servidor del Señor no debe ser peleador; al contrario, debe ser comprensivo con todos, dispuesto a enseñar y paciente frente a las incomprensiones. 25Con dulzura tiene que reprender a los rebeldes: quizá Dios les concederá convertirse y descubrir, 26liberándose de los lazos del diablo, que los tiene sometidos a su voluntad.

II. CONSEJOS PARA TIEMPOS DIFICILES

Mientras reina la corrupción general...

3 1Has de saber que en los últimos días habrá momentos difíciles. 2En efecto, los hombres serán egoístas, amantes del dinero, farsantes, orgullosos, chismosos, rebeldes con sus padres, ingratos, sin respeto a la religión. 3No tendrán cariño ni sabrán perdonar, serán calumniadores, desenfrenados, crueles, enemigos del bien, 4traidores, sinvergüenzas, llenos de orgullo, más amigos de los placeres que de Dios. 5Ostentarán apariencias de piedad, pero rechazarán sus exigencias. Evita a esa gente.

6De la misma clase son también los que se meten por las casas, engañando a mujeres infelices, llenas de pecados, movidas por toda clase de pasiones, 7que siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad. 8Estos hombres siguen el ejemplo de Janés y de Jambrés, que se opusieron a Moisés (cf Ex 7,11-12.22); ellos también están descalificados en cuanto a la fe y con su mente pervertida se oponen a la verdad. 9Pero no irán muy lejos, porque su locura será desenmascarada a la vista de todos, como les pasó a esos dos.

de Dios. [22]Acerquémonos, pues, con corazón sincero, con plena fe, limpios interiormente de todo lo que mancha la conciencia, y con el cuerpo lavado con agua pura. [23]Sigamos profesando nuestra esperanza sin que nada nos pueda conmover, y que es digno de confianza aquel que se comprometió. [24]Que cada uno descubra en el ejemplo de los demás nuevos motivos de amar y de hacer el bien. [25]No abandonéis las asambleas como algunos suelen hacerlo, sino más bien animaos unos a otros, tanto más cuanto veis que se acerca aquel día.

De lo contrario, no habrá sacrificio que nos salve y sólo nos aguarda un juicio condenado

[26]Si pecamos voluntariamente después de haber conocido la verdad, ya no podremos esperar un sacrificio por los pecados. [27]No habrá otra cosa para que la del temible juicio y la del *castigo de fuego que devora a los rebeldes* (Is 26,11). [28]Para el que desprecie la Ley de Moisés, no hay misericordia; *es condenado a muerte por el testimonio de dos o tres personas* (Dt 17,6; 19,15). [29]¿Qué os parece entonces del que ha pisoteado al Hijo de Dios? ¿Qué castigo merecerá por haber profanado *la sangre de la Alianza* que lo santificó, y haber insultado al Espíritu del amor de Dios? [30]Conocemos nosotros al que dijo: *A mí me corresponde hacer justicia, y daré a cada uno lo que merece* (Dt 32,35). Y también: *El Señor juzgará a su pueblo* (Dt 32,36). [31]¡Qué cosa más espantosa es caer en las manos del Dios vivo!

Atesorad la fe primera y luchad con constancia para que se cumpla en nosotros el designio salvador de Dios

[32]Recordad los primeros tiempos en los acababais de ser iluminados. Tuvisteis que soportar grandes sufrimientos y combates. [33]Fuisteis públicamente expuestos a humillaciones y pruebas, y tuvisteis que participar del sufrimiento de otros que fueron tratados de igual manera. [34]De hecho, os hicisteis solidarios de los que iban a la cárcel; os quitaron los bienes y lo aceptasteis gozosos, sabiendo que estabais adquiriendo una riqueza mejor y más duradera. [35]Por eso, no perdáis ahora vuestra valentía, que tendrá una recompensa grande. [36]Necesitáis sólo constancia para cumplir lo que él prometió. [37]*Un poco, un poquito más, y el que viene llegará, no tardará. [38]El justo*

2. *Los signos del Reino y las respuestas del hombre*

Jesús vence las contrariedades Mt 8,23-27
admiración de los discípulos Mc 4,35-41

22Un día subió Jesús a una barca con sus discípulos y les dijo:
«Pasemos a la otra orilla del lago.» Y ellos remaron mar adentro.
23Mientras navegaban, Jesús se durmió. De repente se desencadenó
una tempestad sobre el lago, y la barca se fue llenando de agua. 24Al
ver el peligro, se acercaron a él y le despertaron: «Maestro, Maestro,
estamos perdidos.» Jesús se levantó, increpó al viento y a las olas
encrespadas, se tranquilizaron y todo quedó en calma. 25Después les
dijo: «¿Dónde está vuestra fe?»
Los discípulos quedaron llenos de temor y admiración, y se
decían entre ellos: «¿Quién es éste, que puede mandar incluso a los
vientos y las olas, y le obedecen?»

Jesús vence a los demonios Mt 8,28-34
temor mágico en el pueblo... Mc 5,1-20

26Llegaron a la región de los gerasenos, que se halla al otro lado
del lago, frente a Galilea. 27Al bajar a tierra, vino a su encuentro un
hombre del pueblo, poseído de demonios. Hacía mucho tiempo que
no se vestía, ni vivía en casa, sino en las tumbas. 28Al ver a Jesús,
se puso a gritar, cayó a sus pies y dijo a voz en cuello: «¿Qué quieres
conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te lo ruego, no me
atormentes.»
29Es que Jesús había mandado al espíritu malo que saliera del
hombre, porque, en diversas ocasiones, el espíritu se había apode-
rado de él, y en aquellos momentos, por más que lo ataran con
cadenas y grillos, él rompía las ataduras y el demonio lo arrastraba
a lugares solitarios.
30Jesús le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» Y él contestó:
«Multitud.» Porque eran muchos los demonios que habían entrado
en él, 31y le rogaban a Jesús que no les ordenara ir al abismo.
32Había en aquel lugar una cantidad considerable de cerdos
comiendo en el monte. Los demonios suplicaron a Jesús que les
permitiera entrar en los cerdos, y él se lo permitió. 33Salieron, pues,
del hombre, entraron en los cerdos y éstos se precipitaron desde lo
alto del monte al lago y se ahogaron.

☞ **Vicente Gutiérrez Escudero** (Santander, 1977)
Licenciado en Ciencias Exactas, psicogeógrafo trágico, teógamo, de facultades portentosas. Es miembro del Grupo surrealista de Madrid y coedita la revista Drosera. Comunicación onírica. La mayoría de sus poemas, collages, traducciones, ensayos y textos teóricos han aparecido en publicaciones del movimiento surrealista internacional como Salamandra. Intervención surrealista, El Rapto. Observatorio del sonambulismo contemporáneo, The Oystercatcher, Peculiar Mormyrid, Brumes Blondes, Hydrolith, Analogon o Klidonas. Sus ensayos abordan la crítica del capitalismo, el espectáculo y la sociedad industrial, así como el colapso civilizatorio que se avecina y las diferentes formas de resistir a la devastación capitalista actual mediante la reinvención del inconsciente y el imaginario colectivos. En el ámbito de la poesía visual ha colaborado en diversas revistas especializadas y ha participado en varias exposiciones colectivas. Algunas de sus últimas publicaciones son ***La tiza envenenada*** (Ed. La Vorágine, 2016), ***La mujer abolida*** (Ed. El Desvelo, 2017) o el libro de poemas-collage ***Puzzles furtivos*** (Ed. Babilonia, Pliegos de la visión, 2019). Actualmente trabaja como profesor de matemáticas en un centro educativo de educación terciaria.

Subversiones

"No hay peores miedos ni más tristes que los que se callan y mantienen preso al corazón"
Marianella Ferrero

Ciborg

Soy una máquina
Que finge ser persona
Y una persona
Que se acostumbró a ser máquina
O una mezcla perversa
O una semilla a medias
Sin saber dónde
Sin saber cuándo
El espacio inespecífico
Donde dejo de ser yo
Y soy esto
Perdida en la mitad no escrita de la historia

Las ruinas

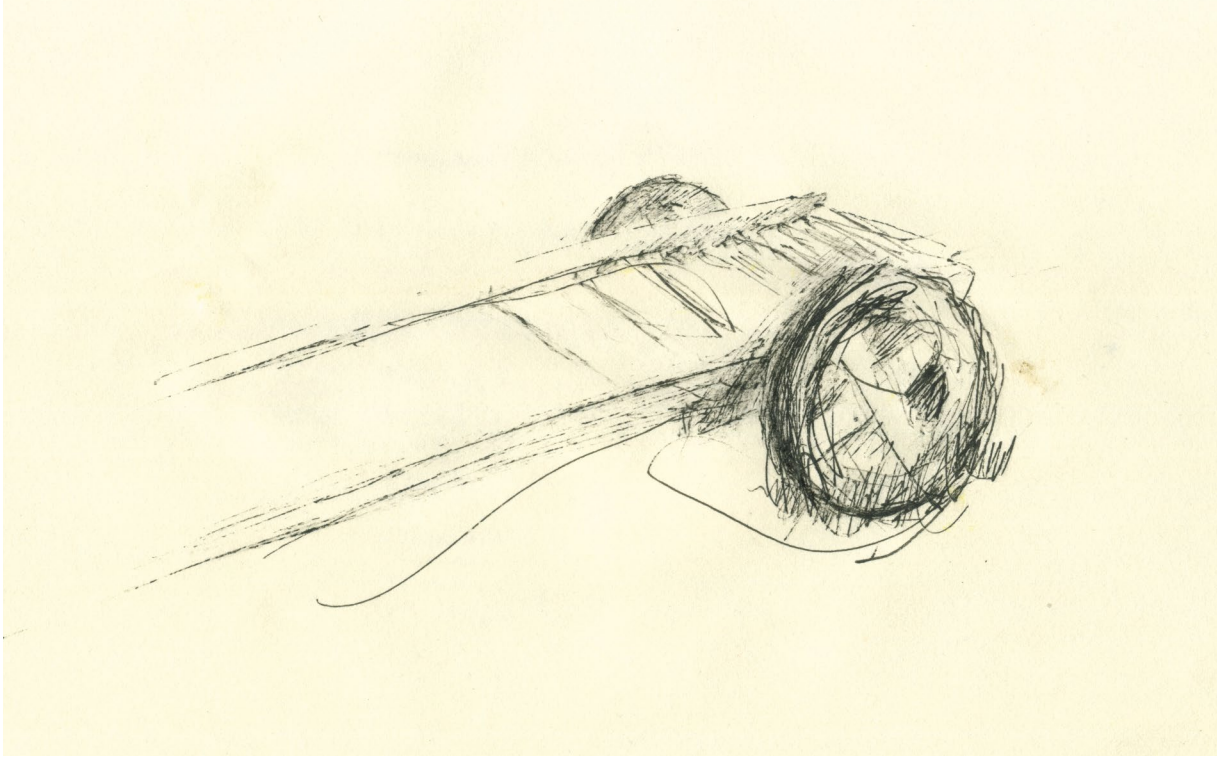
Anda por el aire una arenilla leve
se nos queda entre las uñas
las pestañas pesan empolvadas
y un rumor
una lacónica sílaba en medio del silencio
No se cuándo será
desconozco el idioma del viento
pero trae cataclismos abismos negros
No se cuándo será
apenas presentido pugna lo inevitable
la dulce paridad
la semilla ardiendo entre los dedos
Romperé a llorar
estallaré como un dique rebasado
y no se podrá hacer nada.

Mitin unipersonal

Acaso no sabes lo que ocurre
Serías capaz de no recordarlo
Podrías mirar hacia otro lado
Ey! A vos te hablo!
Que crees que está pasando
Existe un mundo paralelo
En el cual el paisaje es árido
Los vientos soplan inclementes
Y las personas sobreviven apenas
Ey! A vos te hablo!
Deja que tus ojos vean
Abre las compuertas
¡no te salves!

Des-creer

Hasta la última palabra
hasta la última cornisa y dar el salto
Explotar en mil pedazos
para volver a ser
Cada esquirla una duda
cada chispa una certeza
nunca mas comerse las uñas
sufriendo amaneceres
Descreer para dejarlos con el culo al aire
sin nosotras
que sientan el mismo miedo que sentimos
Contra la violencia, contra los robos y las mafias que nos quitan el sueño
Contra todas las injustas leyes que nos someten y vejan
Contra las absurdas palabras huecas de los sabiondos
Contra la espesa locura que soportamos diariamente
Contra los machos rimbombantes y los otros que se hacen los valientes
Contra todo lo que calla lo que otorga lo que reza
Contra cualquiera que no sienta el dolor como si fuera nuestro
Es nuestro! el dolor siempre es el nuestro! y no se podrá hacer nada.



Las bestias

En esto nos ha transformado
esta barbarie de colores varios
esta amnesia visceral
esta desolación que reprime
esta infamia que confunde
esta soledad que no hay con quien compartir
esta necesidad de dejar de ser - esto -
Estos ojos que miran pero no ven
estas manos que no matan porque escriben - esto -
Estas migraciones de duelos
estas imprecisiones de miedos
Somos bestias
Soy bestia

Las locas

Los flacos refugios ya se abren
no por mucho más los mudos huesos callarán
se abrirán a tientas sus espacios
y vendrán a ráfagas como el viento.
Las cerradas bocas serán el límite del grito
nadie asomará que las pare
no se atreverán a más
los aplanadores de voces
Las locas tomaremos la derecha y la izquierda
en el medio quedarán las indecisas de siempre
los atónitas cuerdas

III Taichi on Summer Palace - Beijing

La rutina de las Anas

Ana se levanta
calienta agua
se ducha de prisa
(con agua fria)
se prepara el mate
tuesta pan de ayer
(poco y duro)
se viste rápido
vaquero y camiseta
(chaqueta corta de mangas)
nadie la despide
sus hijos se duermen
(y se despiertan solos)
Ana sale y camina
y camina y camina y camina
(no hay pal autobús)
se pone el delantal
recoge basura
friega platos
lava ropa
(de los demás)
cocina pescado
prepara ensaladas
prepara postres
(roba y guarda en su mochila
un tomate y una cebolla)
lustra adornos
limpia vidrios y espejos
(y no se quiere mirar)
cuelga el delantal
hora del colegio salen los niñes
y los va a buscar
(niñes que tienen papa y mama)
Ana les besa
les cuida les mima
(piensa en les suyas y reza)
pone el delantal a lavar
hace frio
la chaqueta corta de mangas
no la va a abrigar
se va sale y camina
camina y corre pa llegar
Llega a su casa
abraza a sus hijes
(miran televisión sin mirar)
cuelga la chaqueta corta de mangas
saca de la mochila
1 tomate y 1 cebolla
y se pone a cocinar
no hay postre
no hay adornos que lustrar
barre refriega ropa pequeña
(la chaqueta corta de mangas puede esperar)
por primera vez en el día
se mira en el espejo
(de la unica habitación del lugar)
Ana se sienta
en el borde de la cama
(2 niños le acarician las manos)
cae sobre la almohada
cierra los ojos les besa se ríe
(niñes le hacen cosquillas en las espalda)
Ana se duerme con sus historias
Otro día y Ana se levanta
calienta agua se ducha de prisa
(con agua fría) y sale
camina y camina y camina

Poética combativa

Una siempre perdida entre realidades absurdas
aprende cada día por imposición bizarra a maldecir
en prosa en verso en color o a lápiz
pedacitos de espacios en blanco en la piel que tiembla de rabias
No encontrar las palabras
para explicar tanto dolor de tantas
tantos derrumbes que nos aplastan

No está bien callarse la boca
Mientras caen los pétalos entre odios deshojados

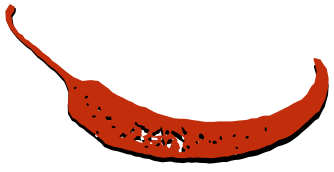
No conocí Notre Dame
Ni las torres Gemelas
Vi alunizar al Apolo
Caer el muro de Berlín
Volar en pedazos la casa de La Moneda
Desaparecer
Hambrear
Despolitizar lo cotidiano
hasta el punto de creernos
que las cosas valen más que las personas

No es mentira si te digo que me asfixio
que el susurro de tus ruidos
pasea por el caracol de mi oído
como animal herido y se pierde dislocado
No es mentira si te digo que la vida
te lleva a rastras condenándote al vacío
No es mentira si te digo que te escondes
en la mesa con mantel de las que comen
No es mentira si te digo que en tus exóticas vacaciones
no paseas por los barrios pobres
No es mentira su negra sombra ecomachofachocolonial
respirando en nuestra nuca
nada será igual si los dejamos pasar
es verdad que se intuye frío y que vienen por más

☞ **Marianella Ferrero**

Uruguaya de Montevideo, radicada en Cantabria desde el año 2002.

Madre de cuatro hijas y un hijo, artesana en mí misma. Participo y organizo desde el año 2004 recitales poéticos y performances de contenidos políticos sociales con diferentes colectivos en Torrelavega, Santander, Cabezón de la Sal y otras ciudades. Fundadora, entre otras, de la revista Absenta Poetas, de tirada semestral gratuita en Cantabria desde el año 2004. He autoeditado mi poesía en diferentes soportes: objetos reciclados, libros cartoneros, mensajes en frascos y cajas. He participado en varias antologías y fanzines.



Con[citaciones]

[Ser espectador de calamidades que tienen lugar en otro país es una experiencia intrínseca de la modernidad, la ofrenda acumulativa de más de siglo y medio de actividad de esos turistas especializados y profesionales llamados periodistas. Las guerras son ahora también las vistas y sonidos de las salas de estar. La información de lo que está sucediendo en otra parte, llamada "noticias", destaca los conflictos y la violencia -"si hay sangre, va en cabeza" reza la vetusta directriz de la prensa sensacionalista y de los programas de noticias que emiten titulares de veinticuatro horas-, a los que se responde con indignación, compasión, excitación o aprobación, mientras cada miseria se exhibe ante la vista.]
Susan Sontag

[Ser artista es fracasar como ningún otro se atreve a fracasar, (reconocer) que el fracaso es su mundo y que acobardarse ante éste constituye abandono, artesanía, buena administración, vivir.]
Samuel Beckett

[La paradoja de la alegría consiste en afrontar la tragedia, es decir, en admitir sin daño psicológico toda especie de realidad, por poco deseable que pueda ser.]
Clément Rosset

[Durante la mayor parte de la Historia, "Anónimo" era una mujer.]
Virginia Woolf

[El espectáculo somete a los seres humanos en la medida en que la economía los ha sometido ya totalmente. No es otra cosa que la economía que se desarrolla por sí sola. Es el reflejo fiel de la producción material y la objetivación infiel de los productores.]
Guy Debord

[...desde sus comienzos, las organizaciones feministas han reconocido la importancia de las políticas públicas y se han comprometido en la labor de influir en el Estado y conseguir su desarrollo y puesta en práctica. Con la emergencia del feminismo organizado en diferentes corrientes durante los años sesenta y setenta se ha alcanzado un alto grado de incidencia en la vida pública, especialmente en los regímenes parlamentarios de los países occidentales. Tanto el feminismo liberal, como el feminismo socialista o el feminismo radical han llevado a cabo transformaciones en sus estrategias con el fin de posibilitar su incidencia directa o indirecta en los partidos políticos, en los sindicatos o en las propias estructuras del Estado.]
Pilar Folguera

[Quien quiera que, por tanto, hasta el día haya conseguido la victoria marcha en el cortejo triunfal en el que los que hoy son poderosos pasan por encima de esos otros que hoy yacen en el suelo. Así, tal como siempre fue costumbre, el botín es arrastrado en medio del desfile del triunfo. Y lo llaman bienes culturales.]
Walter Benjamin

[El acto poético es un elemento de conocimiento de lo real.]
Édouard Glissant

[No ha sido, pues, el Estado, sino el binomio Estado-empresa capitalista, el principal responsable de las agresiones medioambientales. Pues tales agresiones encuentran un sólido soporte en la conjunción de esas dos instituciones cortadas por el mismo patrón organizativo -jerárquico y centralizado, burocrático y coercitivo- que se atienen al principio de que el fin justifica los medios. Ambas buscan acrecentar su poder o su riqueza a costa del entorno en el que se desenvuelven otros Estados, empresas o individuos, recurriendo para ello a prácticas tanto más lucrativas y eficaces cuanto menos globalmente recomendables.]
José Manuel Naredo

[El espacio es un lugar practicado.]
Michel de Certeau

[No hay relaciones de comunicación o conocimiento que no sean, inseparablemente, relaciones de poder.]
Pierre Bourdieu

[En vez de amor, dinero o fama, dame la verdad.]
H. D. Thoreau

[Aquellos que, por una u otra razón, conocen el horror del pasado tienen el deber de alzar su voz contra otro horror, muy presente, que se desarrolla a unos cientos de kilómetros, incluso a unas pocas decenas de metros de sus hogares. Lejos de seguir siendo prisioneros del pasado, lo habremos puesto al servicio del presente, como la memoria -y el olvido- se han de poner al servicio de la justicia.]
Tzvetan Todorov

[La singularidad local y la comunalidad global (...) no contradicen nuestra condición plural colectiva planetaria, sino que contribuyen a determinarla (...) Ese par de conceptos contradictorios, la identidad y la diferencia, no proporcionan un marco de referencia adecuado para comprender la organización de la multitud. Somos una multiplicidad de formas de vida singulares que al mismo tiempo comparten una existencia global común. La antropología de la multitud es una antropología de la singularidad y de la comunalidad.]
Michel Hardt y Antonio Negri

[El concepto "género" es la variable que permite considerar al sexo como categoría analítica, es el factor a partir del cual se realiza el análisis de la construcción sociocultural de los sexos desde el plano ideológico. El género facilita el marco en el que se construyen y recrean las relaciones entre hombres/mujeres; por ello, se debe analizar como resultado de un conjunto de factores sociales, culturales e históricos.]
Yolanda Aixelà Cabré

[Si comprender es imposible, conocer es necesario].
Primo Levi

[La biblioteca es la más democrática de las instituciones, porque nadie en absoluto puede decirnos qué leer, cuándo y cómo.]
Doris Lessing

[Nuestras mentiras revelan tanto sobre nosotros como nuestras verdades].
J.M. Coetzee

[De una semilla salía un puñado: esto es lo que significaba la generosidad de la tierra.]
Herman Melville

[Es particularmente tentador pensar en el poder en términos de mando y obediencia, y por tanto, confundir poder y violencia, en el análisis de lo que no es, en realidad, sino una de las manifestaciones características del poder, es decir, el poder del gobierno.]
Hannah Arendt

[La mentira se convierte en el orden universal.]
Franz Kafka

[La exclamación "quiero saber la verdad" no significa que se aspire al saber por el saber, sino que a través del saber se pretende estar en situación de poder actuar autónomamente, de poder reestructurar los juicios, los hechos, la vida misma, si es que tales extremos deben ser reestructurados...¡ Quiero saber la verdad! Quiero saber si mi amigo me ha traicionado o no, y no para registrar ese saber concreto, sino porque según se trate de una cosa u otra lo enjuiciaré de modo diferente; porque actuaré de manera distinta; porque ante mis ojos cambiará eventualmente el valor de la "amistad"; porque voy a llenarla con otro contenido; porque quiero cambiar de opinión. ¡Quiero saber la verdad! Quiero saber por qué hay pobres y ricos, si existe un más allá; quién ha cometido este o aquel hecho y por qué motivo; deseo saber por qué existe el sufrimiento en el mundo y si es inexcusable que exista, quiero saber por qué se odia a mi pueblo, por qué se hace la guerra.
Sí; quiero saber la verdad.]
Agnes Heller

Este número 130 de la revista LA ORTIGA se pensó, diseñó y maquetó en el medio rural del Valle de Campoo en el sur de Cantabria. Se terminó de imprimir el día 12 de octubre en Santander. Fecha señalada para **#laortigacolectiva** porque, no teniendo nada que celebrar, sentimos la profunda necesidad de continuar criticando el pensamiento colonial moderno, sus prácticas y consecuencias en la vida de los pueblos y de las comunidades indígenas. Y seguir luchando para que acabe la continua destrucción de sus culturas, economías y recursos naturales.

"El neoliberalismo, esa doctrina que posibilita que la estupidez y el cinismo se hagan con el gobierno en diversas partes del globo terráqueo, no admite más inclusión que la de sujetarse desapareciendo. Morid como grupo social, como cultura y, sobre todo, como resistencia. Entonces podréis ser parte de la modernidad, dicen los grandes capitales, desde las sillas de gobierno, a los campesinos indígenas. Estos indígenas irritan la lógica modernizadora del neomercantilismo. Irritan, no solo su rebeldía, su desafío, su resistencia. También irritan el anacronismo de su existencia dentro de un proyecto económico y político que, de pronto, descubre que le estorban todos los pobres, todos los opositores, es decir, la mayoría de la población."

John Berger